



¡Vaya una barbiana de cimientos!



Me parece que busca quimera



Yo me decido.



¡Cielos! ¡Un cural

## ¡SÓLO PARA HOMBRES!

Desde el próximo número comenzará á publicarse en EL MOTÍN un magnífico é imparcial estudio de Pey Ordeix sobre la "Sicalipsis monástica", copiando trozos de libros que corren de mano en mano entre señoras y señoritas católicas, escritos por frailes y con todas las licencias y aprobaciones eclesiásticas.

Convendría que mis lectores impidiesen que, hasta no terminarse ese estudio, cayera ningún número en manos de sus esposas ó de sus hijas.

## A mis lectores

Allá por 1895, queriendo atacar á los clericales con sus mismas armas, comencé la publicación de unos folletos anticlericales á 15 céntimos, (10 para los lectores de EL MOTÍN).

El resultado no fué satisfactorio: no estaban todavía convencidos los radicales de que el peligro para España estaba en el clericalismo. Por esta causa tuve que interrumpir la publicación.

Hoy, que la opinión ha reaccionado, y desde los liberales hasta los anarquistas gritan á una: ¡abajo el clericalismo!, voy á reanudar la campaña. Que no es cuestión de lucro, sino de propaganda, lo advertirá todo el que vea un folleto.

Tengo ya compuestos cinco, pero no impresos; aguardo á saber los pedidos, para calcular los miles de tirada que debo hacer de cada uno.

Pienso dividirlos en series de á diez, á fin de evitar á los que deseen adquirirlos, que se gasten quince céntimos en una carta para pedir cada uno que salga. El que envíe una peseta, los irá recibiendo, sin necesidad de avisar, conforme se vayan imprimiendo.

Al mismo precio, y en idénticas condiciones, los recibirán los correspondientes de EL MOTÍN, los centros radicales de toda clase, los libreros, los dueños de kioscos y cuantos quieran ponerlos á la venta. Para el público en general, serán á quince céntimos.

Hay que oponer propaganda á propaganda; que contestar á las calumnias con hechos; que demostrar que somos más que ellos, valemos más y podemos más. Hay, en fin, hasta que logremos barrer la inmunidad clerical, que purificar el ambien-

te que ellos han emponzoñado con folletos inmundos y *Hojitas* difamadoras.

¿Cómo lo purificaremos? Publicando folletos impregnados de verdad, moral y justicia; rebatiendo sus falsos argumentos; abrumándolos con su misma historia; atacándolos en todos los terrenos; llevando á todos los rincones la propaganda, hasta convencer al Pueblo de que la religión les sirve á los clericales para encubrir infamias, explotaciones, saqueos, inmoralidades y crímenes; sin desdenar por esto la nota amena y la sátira, que matan por el ridículo.

Y editando además *Hojitas*, parodiando las suyas, y al mismo precio ínfimo que ellos las venden: á sesenta y cinco céntimos el ciento, para que las adquieran y las repartan aquellos anticlericales que puedan y quieran hacerlo.

Emprendo sólo esta propaganda. Si la mitad siquiera de los que se dicen hoy anticlericales me ayudan á sostenerla, anonadaremos á esa gentuza; si no, llegaré hasta donde pueda.

Tienen la palabra los lectores y correspondientes de EL MOTÍN, para decirme el número de ejemplares de folletos que desean, á fin de fijar la tirada del primero, que se titulará: *La vuelta de Cristo*, é irá firmado por mí.

A éste seguirán *La lujuria del clero*, *Cristo en el Vaticano*, *El romance anticlerical*, *Historias de la Corte celestial*, *Pueblo y aristocracia*, *Mónita secreta de los jesuitas*, y otros que ya iré anunciando.

JOSÉ NAKENS

## Al Ministro de la Guerra

La prensa reaccionaria está bombeando el proyecto promovido por el obispo de Murcia, con su comité, del cual son vicepresidente y vocales el arcediano, el doctoral, un párroco, el arquitecto diocesano y un abogado diocesano, con algunos oficiales del Ejército.

El objeto consiste en lo siguiente:

1.º En ofrecer por suscripción popular una espada de honor y una placa de plata á cada uno de los dignos jefes y oficiales que formaron el Tribunal que juzgó á Ferrer, y como protesta, por las injurias y calumnias de que han sido objeto por parte de muchos periódicos nacionales y extranjeros; y un *Album ofrecido al Regimiento á que pertenece el Presidente del Tribunal*.

2.º En depositar una cantidad lo más crecida que pueda ser para ayudar á la educación de algunos huérfanos de militares muertos en campaña, como expresión de simpatía y admiración á aquellos héroes y de amor á nuestro Ejército.

EL MOTÍN no puede ser sospechoso

en esta materia; su defensa del honor del Ejército en el proceso de Ferrer, fué decisiva para la terminación de la campaña emprendida contra él.

Mas si con energía nos levantamos entonces frente á la ola liberal extraviada, en cuyo honor debemos hacer constar la inmediata desistencia de aquella actitud, con igual ó mayor energía debemos levantarnos contra toda *maniobra* clerical que tienda á desprestigiar directa ó indirectamente el honor del Ejército.

En este sentido presentamos á la consideración de los diarios profesionales de la milicia estas preguntas: ¿No es la maniobra del obispo de Murcia una maniobra de marcado carácter *político-clerical*, con tendencia á introducir la desunión en el espíritu militar? ¿Puede el Ejército, sin permiso de los jefes superiores, aceptar como *honores militares* estos homenajes clericales que no tienden á premiar ó estimular el cumplimiento del deber militar, sino á inclinar las voluntades de los oficiales en determinado sentido político-religioso? ¿No hay militares que se considerarían ofendidos con el aplauso sectario del clericalismo, antipatriótico? ¿Puede el Ejército aceptar el homenaje de un obispo, correligionario del de Santander, que acaba de predicar la licitud de la rebelión y sedición y la licitud del *caudillaje* faccioso?

No dudamos que si el Ministro de la Guerra consulta á los militares peritos en esta materia, obtendrá la respuesta de ser dudosa la prudencia de los militaristas que quisieran exhibir al público, yendo del brazo, á oficiales y canónigos en un espectáculo marcadamente clerical, y que en los actuales momentos podría traducirse como acto de oposición al gobierno anticlerical.

El Ejército español tiene en el Ejército francés el ejemplo de las añagazas clericales para comprometerle en actitudes antipatrióticas.

La ramera Iglesia (*frase de San Jerónimo*) se empeña en pasearse del brazo del Ejército español, á quien ha traicionado y está traicionando con doctrinas facciosas como las del obispo de Santander. El Ejército no es clerical ni anticlerical: es español.

Hay censuras que honran; hay aplausos que ultrajan.

## La resignación

En Barcelona y en la casa de los jesuitas se ha inaugurado una quisicosa en que á los obreros se les enseña «que todos somos hermanos, y que ante Dios no hay ricos ni pobres, sabios é ignorantes, sino hombres con idénticos derechos y deberes iguales».

«No escuchan allí los obreros peroraciones huercas y disolventes, sino que aprenden enseñanzas sabias y de solidez incomparable»; allí se les dice «que, sin estridencias perjudiciales, se hagan dignos de las justicias que reivindican».

Como ve el lector, en lo copiado—y es lo más substancioso—no hay ni barbrantos siquiera de afirmación categórica. Se censura lo hueco y lo estridente, y no parece sino que la musa de la vacuidad inspirara al autor de la sofisma, que es nada menos que el ilustrísimo señor obispo de Barcelona.

Señores católicos: Cuando nosotros veamos que los sindicatos amarillos, en vez de dedicarse exclusivamente á reventar huelgas las secundan ó las inician; cuando veamos que *El Universo*, por ejemplo, cumple la ley del descanso dominical; cuando veamos que en las obras de la Universidad católica madrileña se trabajan ocho horas—la jornada «legal» de los albañiles—en vez de nueve; cuando veamos que los patronos católicos y las empresas ídem, en vez de distinguirse por su amor al dinero se significan por su cariño al obrero, quizá comencemos á sospechar que en esta postura de los clericales es posible que haya algo así como conato de sinceridad.

Pero los frutos de este árbol son muestra de que hoy en España el mayor enemigo de las reivindicaciones obreras es la Iglesia; y no con relación á aquellos anhelos de renovación total, sino en cosas tan modestas é inofensivas para la «fe de nuestros mayores» como son las mermas de jornada y los acrecentamientos de salario.

Y es lógico. Cuando la Iglesia dijo «bienaventurados los mansos, bienaventurados los pobres de espíritu», glorificó la resignación, la pasividad, la humildad; y haciendo de estas cualidades negativas y de otras con ellas conexas las flores del espíritu humano, mató lo que hay de más noble en este espíritu: el ansia de bienestar, la voluntad firme, el descontento activo, la rebeldía; y no la rebeldía desahogada por ciertos jóvenes mal avenidos con el estudio y con el trabajo, sino aquella que es odio á la supeditación en todas sus formas, afirmación categórica de la persona individual.

Y quienes llevan en su alma los agravios de mil generaciones de esclavos explotados, escarnecidos, deshonrados, envilecidos, ven en aquello que la religión proclama virtudes, que incluso se veneran en los altares, la causa esencial de todas las degradaciones, bajezas, miserias y decadencias.

Porque España poseyó cualidades semejantes es nación miserable, y en las cualidades contrarias está la fuente de la grandeza y poderío de las naciones civilizadas. ¿No hemos de sentir aversión profunda hacia la institución fautora de tantos daños, de tantos males, no atenuados, ni siquiera coonestados por bien alguno?

No es considerada en abstracto la religión obstáculo para que el individuo que la profese luche activamente por su mejoramiento y emancipación; pero como en la esencia de ella están la humildad y la resignación, resulta el enemigo de las reivindicaciones, de todas las reivindicaciones que eleven la personalidad humana.

Y sería enemigo aun cuando no tomara parte activa en el movimiento proletario; ¿qué no ocurriría cuando dirige sus esfuerzos á restar masas y elementos á quienes van derechos y decididos á la conquista del bien?

Si; tiene razón el obispo de Barcelona.

«Sin estridencias, el obrero debe de hacerse digno de las justicias que reivindicar», y se hará digno siendo mejor cada día, elevando y acrecentando sus necesidades materiales, intelectuales y morales y satisfaciéndolas.

Y para ello lo primero que ha de hacer es limpiarse de esa roña que llaman resignación.

J. J. MORATO

## Pregunta contestada

Se me dice en carta firmada por un alcalde:

«Soy de un pueblo inmediato á Olmedo, donde todos somos buenos católicos, á pesar de que el señor cura nos ha tratado en ocasiones desde el púlpito en una forma un poco grosera y adusta.

Ahora andan todos los curas aquí con un papel haciéndonos firmar para suprimir las escuelas laicas. Yo no he firmado, porque aún no me han presentado el papel; y si lo hago, será sin saber lo que esto significa, como muchos amigos míos que han firmado ya.

Los señores curas nos dicen que la escuela laica es un sitio de corrupción, donde estudian los herejes; pero un amigo á quien tenemos aquí por muy sabido nos dice que en las poblaciones más importantes y donde hay personas más inteligentes, es donde hay esas escuelas, como en Madrid, Barcelona y Valencia.

Yo, aunque he oído á los sacerdotes hablar pestes de usted, lo creo un hombre bueno, incapaz de mentir; y por esto me dirijo á usted preguntándole: ¿Qué son escuelas laicas?

Espero que nos contestará en un número de su excomulgado periódico, que leeremos sin que lo sepa el señor cura, pues lo recibe un amigo.»

La mejor contestación que puedo dar al que me pregunta lo que es una escuela laica, es recomendarle que lea el artículo que va á continuación.

Y si no queda enterado ni convencido, que acuda al Nuncio.

## Fustigazo jesuita á los republicanos

¿Habéis leído un esperpento de un pillastre jesuita de Bilbao que firma R. S. (*ocietatis*) J. (*esu*), intitulado «La escuela laica ó degolladero de niños»?

He aquí el comienzo:

«¿Eres padre? ¿Eres madre? ¿No eres una bestia (*no llevo á bestia: soy jesuita*) ó una fiera (*soy peor que fiera: soy dominicano*) que aborrezca á sus hijos y les desee mal?

«Pues entonces lee esta hojita.

«¿Qué piensas que es la escuela laica?»

Respuesta: El acabóse del jesuitismo. El exterminio de los holgazanes, de los pillos, de los tontos, de los pederastas, de los vagos rapaces, de los charlatanes desvergonzados, de los cazadores de testamentos, de los *ejercicios mami-lares*, de los que pecan para poder confesar y confiesan para pecar, y de otras especies de *fieras y bestias* que han re-

negado de ser padres, madres é hijos, y van á robar los hijos ajenos para explotar á los padres.

Es un escrito hecho con los pies, escrito de beodo, de loco, de furioso, de farsante, de cínico..., ¡de jesuitas! los condenados de Clemente XIV, los expulsados de las naciones por ladrones, asesinos, revolucionarios, regicidas, embusteros, estafadores, canallas, proxenetas, tiranos y destructores de individuos, de familias y de pueblos.

Empero, entre una espuerta de embustes, ficciones, mamarrachadas, insolencias y calumnias, como vómito de borracho ahito, escribe un párrafo que debiera escribirse como cartelón en todos los centros liberales.

Vale la pena de copiarlo:

«Dime: ¿no has observado cómo muchos de los republicanos y librepensadores que fundan y sostienen y defienden esas escuelas no mandan á ellas sus hijos é hijas sino á otra parte, y que por maravilla se encuentra un buen caballero ó señora que estime un poco á sus hijos que los mande á la escuela laica? Es que, si á ellos les hace falta que haya gente mala para sus planes, pero no quieren que sean malos sus hijos. Si les hacen falta pillos y pillas, incendiarios y asesinos que les ayuden en sus revueltas, no quieren que sean pillos y criminales sus hijos ni corrompidas sus hijas.»

Ea, señores republicanos y señores anticlericales; ahí tenéis el arma que dáis al enemigo. Os seduce los niños; os los prostituye; os los jesuitiza y frailiza por arriba, por abajo, por delante, por detrás, por dentro y por fuera; os saca los cuartos por este trabajo, y á la postre, vuestros hijos le sirven de *cebo* para cazar otros.

Responded vosotros al argumento jesuita. Sois sus auxiliares y ¡sus instrumentos de reclamo!...

¡Cuánta vergüenza!...

## “EL RADICAL”

Ha comenzado á publicarse con ese título en Madrid un periódico diario republicano, órgano de la tendencia representada por Alejandro Lerroux. Lo redactan periodistas ilustrados y de empuje.

Le deseo tantas prosperidades políticas como administrativas y poco tiempo de oposición.

## Tarará Episcopal

Aux armes citoyens  
armez vos bataillons  
Allons! Allons!  
¡Santiago, cierra España y á ello!

Termina el buen combate del gracioso obispo de Santander.

Sigue soplando la corneta guerrera y cobrando la nómina el Judas de Santander, macabeo para embravecer á los otros é Iscariote á la hora de entrar en batalla.

El centro de su [tarar!] pastoral lo dedica á pintar cuernos y rabo á la mona de la Masonería, que es el Diabolo en que creen algunos católicos que no creen en los otros diablos viejos. Y ¿cómo no copiará la célebre conferencia de León Taxil, padre de la diabla Diana Vaughan, tomando el pelo á los obispos católicos que la tragaron como si fuese una vinajera de Cariñena?

Atribuyendo á la Masonería los inicuos planes de la *república universal atea*, única manera de acabar con los odios, divisiones y guerras que traen los dioses; sueño inicuo que ¡ay! abrigaron y no realizaron los Sumos Pontífices sucesores de San Pedro, Caifás, Nerón Baco y compañía; lamentando esta osadía de la impiedad, escribe el sabio corneta de Israel:

«En Francia ya lo ha conseguido; y de aquel Gobierno masonico han salido *leyes de persecución y de exterminio, separando la Iglesia del Estado, expulsando las comunidades religiosas y apoderándose de sus bienes, oprimiendo á los sacerdotes, cerrando las escuelas católicas, fomentando las laicas y decretando obligatoria la enseñanza atea que por ellas circula.*»

¿Para quién escribirá ese tremendo Caudillo de la Iglesia? En Francia, el obispo Amette tiene un magnífico hospedaje que para sí querría el Gran Oriente Masónico, se pasea en lujoso landó *como Jesús Nazareno* y está celebrando la separación que le ha librado de las garras del Vaticano. ¿No sabía el de Santander que á su cofrade parisién le tiene muchas ganas Merry del Val... y no se atreve?

El obispo santanderino hace una confesión vergonzosa: es perseguir y *exterminar* la Iglesia, «el separarla del Estado». *Tú dixisti*, dijo Cristo á Pilatos. Pues bien: la Iglesia de Cristo estuvo separada del Estado durante cinco siglos, y entonces progresó y ganó el cariño del mundo. Estaba fundada sobre esta separación: «á Dios lo de Dios, y al César lo del César». Desde que se juntaron y se casaron ambos cónyuges, ha ido de vergüenza en vergüenza, hasta el punto de que sus *apóstoles* y ministros sean vistos por el pueblo como *mala-sombra* probada.

Por lo cual se ve que hay dos iglesias: una casada con el Estado que queda exterminada al separarse de él, á saber: la de Caifás y Herodes; y otra que sólo vive en la separación: la de Cristo. Y en esto se conoce que la Iglesia predicada por los obispos es la de Herodes y Caifás. A Cristo le importa un bledo el Estado; sabe que sólo puede esperar la acusación de Caifás, la sentencia de Pilatos y el escarnio de Herodes. A los Caifases les interesa el Estado, el presupuesto, el agio, el privilegio y la simonía... ¿Estamos, reverendo padre en Judas... Macabeo?

¿Y en España? Oigamos:

«Las libertades de perdición andan sin freno (*Diganlo el corte de mangas de Pepita Sevilla, y Clemente García, fusilado por bailar con una monja muerta...*); los periódicos sectarios y los oradores de mitín escarnecen ó insultan á diario impunemente á la Religión y sus ministros (*Hombre! si ni hay tal Religión ni tales ministros, sino agio y simonía. También pudo llamar Religión á su oficio Pinales, y hacerse ministro suyo!*), y el Gobierno, por la boca de su presidente, ha declarado en varias ocasiones sus propósitos de secularizarlo todo: *el matri-*

*monio, la enseñanza, las leyes, y, si podemos expresarnos así, la muerte misma y el cementerio*, para que ni los cadáveres reposen á la sombra de la cruz. De modo que, como ha dicho un periódico anticlerical, «la mansa anarquía es el ambiente moral de España». No es, pues, extraño que la *masonería* crea ya cercano el triunfo de su ideal, viendo cómo la monarquía se precipita y va á caer entre los brazos de la república atea, que intenta ahogar al mismo tiempo á la Iglesia de Dios.»

No hay duda que los cadáveres á la sombra de la cruz se sienten mucho mejor; preguntenselo y verán como no lo desmienten. Sólo que los padres, hermanos, primos, sobrinos, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos de Cristo, carecieron de tan dulce y sagrado lenitivo. ¡Ni una mala cruz de madera tuvo su Madre!

Pero tiene razón el obispo; eso de hacer que las gentes nazcan, se casen y mueran secularmente... es una atrocidad. Y es otra atrocidad esa de que se engendren y luego se pudran también *laicamente*... ¡Horror! Si aquellos lenocinios que tienen de patrón á San Antonio y por cada parroquiano ponen una vela al santo y un perro chico en el cepillo de las ánimas, esos son lenocinios santos... Y si pusieran una pila de agua bendita al lado de la cama, unos cilicios, un Padre Kempis y un Tratado del matrimonio del Padre Sánchez ó la *cadena de oro* de San Clarito (Claret en su tierra), si esto se hiciese, sería la perfección del lenocinio. Y si enfrente, al lado, ó dentro mismo se instalase un oratorio como el que tienen en casa de ciertas queridas algunos queridos de ringo-rango, con capellán dispuesto á todas horas para absolver los pecados,—el diablo nos cuenta que esto se realiza al pie de la letra en ciertos conventos—si esto se hiciese... ¡el colmo del arte de pecar piadosamente!

Ya se ve: la *religión episcopal* se extiende á todo; ella enseña á engendrar, nacer, comer, beber, morir y enterrarse piadosamente... á la sombra del cura... que es la mala-sombra...

Y oigan más los fieles:

«La ruina de la sociedad es inevitable (*y esto está probado: La China y Turquía han desaparecido del mundo por no obedecer al Papa*), si los amantes del orden, de la patria y de la Religión (esto debe entenderse así: la ruina de nuestra sociedad mercantil es inevitable, si los amantes de nuestra Religión, de nuestra patria y de nuestro orden...) no se oponen como fuerte muro al avance de las huestes diabólicas, si no se unen con estrecho lazo de sabiduría y recta disciplina á las órdenes de caudillos expertos, capaces de constituir un ejército esforzado, que pueda apoderarse de las alturas ambicionadas por la masonería ó, cuando menos, impedir que caigan enteramente en sus manos.»

¿Caudillos expertos?... Oh, sí; el general cristiano, fusilador de Rizal, y Maura, fusilador de Ferrer... Mientras ellos están fusilando exponiéndose á ser fusilados, Nozaleda y el de Santander platicarán con las monjitas frescachonas... y chuparán sendas brevas habaneras. ¿Y el ejército?... ¡Oh, el ejército!... Todavía hay centenares de soldados españoles prisioneros de los tagalos... Por las calles andan los que quedaron mancos, cojos, tuertos y mutilados; entre tanto los frailes disfrutan sus millones y los obispos enriquecen á sus sobrinos... Sólo que el ejército va abriendo el ojo. Y va viendo que la Iglesia se

parece mucho al Gurugú, y que los tagalos y filibusteros no están precisamente en Cuba y Filipinas... Y se va cansando de los Judas Macarroni.

De repente el Prelado se transforma de Obispo «Nos doctordon» en suegro de familia, y escribe frases como ésta: «De ella ya os hablé—¡olé!, vengan esos cinco, por haberse apeado del... tratamiento)—el año pasado y os PARECIÓ MUY BIEN.» ¡Oh, qué campechano y qué familiar y qué gracioso está su excelencia ilustrísima y reverendísima!... ¡Qué rico y qué oportuno! ¡Bah! Es un Judas macareno... y no el terrible León de Judá.

Y concluye el que nos habló el pasado año, pareciéndonos bien hablado:

«Levantemos, pues, nuestra voz (*Si; levantemos la voz*, lo que quiera el Prelado... Sobre todo la voz:

¡Ruja el infierno!  
¡Brame Satan!  
La fe de Francia  
bien muerta está...)

suplicante, acompañada de la penitencia (Eso, penitencia; mucha penitencia deben hacer los obispos, *por do más pecado habían...*), como los Macabeos, diciendo: «Señor: tú sabes que sin Ti nada podemos; ven en nuestro auxilio. Si quieres darnos la victoria, bendito seas; si permites que nuestra vida se extinga en el combate, bendito también. El triunfo definitivo ha de ser tuyo; y si no le contemplamos desde la tierra, muriendo por Ti, le contemplaremos en tu reino eterno, en tanto que yo iré tocando miles en este miserable destierro. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; y si no se conforma con la de los obispos, en el cielo te crucificaremos como lo hicimos en la tierra. Libranos de lo malo y conservanos el presupuesto y demás gajos.»

En el nombre del Padre † y del Hijo † del Espíritu † Santo.

Vuestro afectísimo Prelado.

¡Qué final tan lindo!... Vuestro afectísimo... ¿Se descuidó el *seguro servidor*, «servus servorum», y el Q. B. S. M.? En otra los pondrá nuestro Prelado. Ahora permítame las adiciones que he hecho á su último párrafo. No hay mala intención. Le quitará el disgusto que le causara mi osadía, el pensar cuán honrada queda su pastoral en las páginas de EL MOTIN.

No será tan amable él con nosotros, trasladando á su Boletín algunas de nuestras desvergüenzas. Digo, sí; en una pastoral el obispo de Santander invocaba como decisiva la autoridad de Nakens...

Pues, tanta razón tenía entonces EL MOTIN, como ahora. ¿Verdad, señor obispo?

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, su afectísimo contribuyente y pagano,

CÉSAR † CARDENAL BORJA  
hijo carnal de Alejandro VI

## Atropello judicial

El día 26 de Febrero, hallándose bajando Juan Gil Alvarez, secretario de la sociedad obrera en Cervera del Río Alhama, fué avisado por el alguacil para que se presentara en el juzgado

Una vez en él presentole el juez un crucifijo y le preguntó qué concepto tenía formado de él, respondiéndole el obrero que el de un mártir de la libertad.

A continuación le ordenó que le dijera cuántos ejemplares había vendido del *Almanaque del Obrero*, publicado en Madrid por Juan José Morato, recriminándole por expenderlo, y diciéndole que iba á meterle en la cárcel, porque el Almanaque contenía malas doctrinas; añadiendo que carecía de honor todo el que lo leía, y ordenándole que recuperase los diez ó doce almanaques que había vendido y se los llevara, lo cual verificó.

Y yo le pregunto al ministro de Gracia y Justicia:

¿Qué hubiera usted dicho si en tiempos de Maura un juez hubiera obrado de ese modo? Pues obre usted ahora con arreglo á lo que entonces hubiera dicho, y realizará un acto de justicia.

Los jueces no deben ser clericales ni anticlericales en el ejercicio de su cargo, sino fieles é imparciales cumplidores de la ley.

## Al obispo de Huesca

Usted sabe, Sr. Supervía, que reside hace tiempo en Madrid un cura que debía estar canónicamente en esa capital.

Que justifica su residencia en Madrid como preceptor de los hijos de una familia aristocrática.

Que, por las escandalosas relaciones que tiene con una señora viuda, cuya renta (que no es de ella, sino de su hijo), le ayuda el cura á derrochar, el obispo de Madrid le ha retirado las licencias.

Y sé que sabe usted todo eso, por constarme que le han enviado un folleto donde al por menor se relatan los hechos, citando fechas y nombres.

No tengo interés en molestarle á usted, pues me es relativamente simpático (lo poquito que puede serlo para mí un obispo), y por tal razón no me voy al bulto desde luego.

Pero si continúa usted haciendo la vista gorda, y no llama á sí á ese cura de su diócesis, y lo sigue protegiendo y amparando, lo cual implica una censura indirecta á su colega el obispo de Madrid que le ha retirado las licencias, me verá obligado á extraer lo más saliente del folleto, para que se enteren los curas perseguidos por usted en esa diócesis, de que hay bulas para vivos, y que su severidad con ellos contrasta con la tolerancia que tiene con ese otro.

Y esta es la primera amonestación.

## Que se averigüe

Se habla en Tángier de que los frailes han vendido á España un terreno que poseían en aquella población, sobre el cual se están edificando las escuelas de

la fundación Casa Riera, bajo la dirección técnica de un reverendo.

Valiente papel harán esas escuelas frente á las magníficas levantadas por ingleses, franceses é israelitas.

Pero no es esta la cuestión, sino la de averiguar el precio á que habrán cobrado los frailes aquel trozo de *tierra maldita*, como perteneciente á una nación de infieles.

Y también convendría saber cómo adquirieron el terreno que han vendido á España. Con el producto de su trabajo, desde luego que no.

¡Lo que cavilan los malditos para arramblar con todo en todas partes!

## La sangre de San Pantaleón se liquida

A D. José Ferrándiz.

San Pantaleón, mártir de Nicomedia, que se cree sufrió el martirio el año 350, bajo el imperio de Galerio (y ya ha llovido desde entonces), figura en el santoral como una de tantas víctimas de la intransigencia de aquellos tiempos, cuando el cristianismo naciente era en relación á los poderes constituidos lo que el anarquismo en los nuestros.

En la iglesia de la Encarnación de Madrid se guarda, según es fama, unas gotas de sangre del mártir en cristalina ampolla, y ésta sangre líquidase indefectiblemente todos los años el 17 de Julio, día de San Pantaleón.

Todo Madrid lo sabe, y en los años que pasé yo en la Corte, por pura desidia, y dejándolo siempre para el año siguiente, dejé de ver tan estupendo prodigio que quizá me hubiera devuelto al seno de la Iglesia, de donde salí haciendo ¡fuf! como el gato.

Pero ya que no he tenido la dicha de presenciar el milagro, quiero, con tiempo, excitar el celo de algún grupo de inteligencias emancipadas, para que el mismo día 17 de Julio enseñen á los madrileños la trampa del milagro.

Y conste que no voy á pedir privilegio de invención, porque el descubrimiento del truco pertenece al *Assino* de Roma, valiente periódico, similar á nuestro querido *Morín*, cuya vida guarda Dios muchos años.

Es sabido que en Nápoles existe también otra ampollita con sangre de otro santo que también se liquida: la de San Genaro, cuya fiesta y *liquidación* se verifica exactamente el día 10 de Julio, el mismo mes de San Pantaleón.

Pues bien; el *Assino* de Roma organizó hace un par de años, en la plaza pública una fiesta civil, con milagro y todo, para demostrar que la *sangre* de Genaro se liquidaba también fuera de la Iglesia, sin necesidad de rezos ni intermediarios eclesiásticos.

Para demostrarlo, los redactores del *Assino* alzaron una especie de altar adosado á la casa del periódico y pusieron en la misma forma y situación una ampolla semejante á la que encierra la sangre de San Genaro, llena también de una masa granugienta, oscura.

El público congregado ante el altar no tuvo que esperar mucho en ver realizarse el prodigio. La sangre tardó en liquidarse lo que se tardó en encender las numerosas velas que rodeaban la

reliquia. El calor excesivo del alumbrado había hecho el *milagro* de reducir á líquida la masa sólida, que debía ser una sustancia cualquiera de tantas como hay que se derriten con el aumento de temperatura.

Regocijose el público con el sano espectáculo, y el *Assino* publicó el *milagro*, desafiando á los curas impostores para que el año siguiente *liquidasen* la sangre de San Genaro sin encender las velas.

¿Aceptaron los clérigos? Claro que no; como que el truco estaba en ello precisamente.

Con que ya lo saben las fanáticas beatas que acuden en el mes de Julio próximo á la iglesia de la Encarnación á venerar la preciosa sangre de San Pantaleón. Si quieren ver el milagro *laico*, acudan donde se anunciará oportunamente, si, como creo, alguna entidad librepensadora organiza en Madrid la fiesta para el día de San Pantaleón.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona.

## PLÁTICAS DE CUARESMA

## El dogma de las mujeres

Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.

(David, *Salm.* 113.)

Si me dijerais que vais ¡oh, hijas de Eva! tras el sacerdote, porque sea la que quiera su índole, sea la que fuere su conducta, él es depositario y maestro de una doctrina de verdad y de consuelo cual no hay otra, que os hace feliz la vida presente y os abre dulce esperanza de la futura inacabable, yo os contestaría que tal doctrina, suponiendo que existiese, no tiene fuerza para seducir á nadie, como el cura seduce á la mujer.

Serían los hombres entonces los más adictos al cura, porque ellos, mejor que vosotras, saben lo que es el dogma católico y se dan cuenta de su esencia y efectos, aunque en España los hombres no son muy dados á la teología y sus lucubraciones; pero ello es que si aquí alguien conoce poco ó mucho el fondo de la religión, no sois vosotras, sino los hombres.

¿Y no os dice nada el fenómeno de que ellos sean los más alejados del cura y del templo, lo mismo en España, donde tanta es la ignorancia religiosa, que en otras naciones, Francia, Suiza, Bélgica, donde es considerable el número de católicos instruidos? No parece significar esto que el alejamiento de la religión y del sacerdote, lógicamente están en razón directa de lo que se los conoce? Yo he oído á un ferviente revolucionario, mi amigo, sostener que para curarnos la tiña romana, lo mejor sería hacer obligatoria en todas las carreras, en todos los centros docentes, desde los elementales á las Universidades, la enseñanza de la religión cristiana comporada; una enseñanza más ó menos profunda, pero siempre clara y razonada. A los veinte años, adiós catolicismo.

No; no es esa doctrina la que os arrastra, puesto que no la conocéis ni á fondo, ni superficialmente, ni de ninguna manera. ¿Queréis la prueba? En tiempos de Isabel II, allá por los años de 1867, cierto clérigo muy atrevido y tam-

bién muy listo, habiéndole encargado una comunidad de monjas que predicara los sermones de cierta novena concurren casi exclusivamente por mujeres, apostó con cuatro curas, no menos avisados que él, á que en cada perorata se produciría como sectario de una de las muchas disidencias del cristianismo y nadie llegaría á conocerlo.

Porfiaron mucho, los clérigos se juramentaron para guardar el secreto (uno de ellos fué luego profesor mío de dogma) y quedó hecha la apuesta.

En efecto: el primer día, en aquella iglesia llena de mujeres, más algunos hombres, el buen D. Gregorio, presentes los cuatro clérigos juramentados, predicó según las doctrinas de Arrio, que sostenía que Jesús no era hijo de Dios y de su misma sustancia divina.

El segundo día se atuvo á la enseñanza de Nestorio, según la cual, la Virgen no es madre de Dios sino de Jesús hombre. El tercero predicó en iconoclasta, es decir, contrario al culto de las imágenes; el cuarto fué en *doceta*, por sostener que la carne de Cristo fué sólo ilusoria, no real; el quinto, con San Agustín en la mano, se declaró por las doctrinas antinitarias del concilio de Milevi, que negó la supremacía del Papado; San Agustín fué secretario de aquel concilio, y por sostener sus doctrinas fué excomulgado, no se arrepintió y excomulgado murió... Así lo canonizaron siglos después en montón, con otros ilustres varones tan herejes como él.

En la tarde sexta predicó en antitrinitario, el Dios Uno y no trino, una sola esencia, una sola persona, un solo nombre. En la séptima, sostuvo las teorías de Berengario, según las cuales la Eucaristía es un mero símbolo (también se apoyó en textos de San Agustín, de Teodoro y de otros Santos Padres) El octavo sermón fué todo protestante y bien calentito; y el noveno tan racionalista, que la religión venía á ser, según don Gregorio, un simple ardid para que fuéramos buenos, algo así como la invención del Coco para los niños; aquello fué admirable.

¿Y qué sucedió? Pues que ganó don Gregorio la apuesta, porque no protestó nadie, aunque allí había marquesas, condesas, señoras muy leídas y escribidoras, beatas marisabidillas, la comunidad de monjas; unas treinta y dos muy verdadas al parecer en religión y en mística; había hombres, si bien eran pocos, pero no rudos, y... nadie halló en los nueve sermones cosa que le escandalizara. Al contrario, el auditorio era cada día mayor, oía con entusiasmo y quedó complacido. La autoridad eclesiástica no se enteró, pues nadie le fué con denuncias, y todo aquel cúmulo de herejías, dichas solemnemente en el púlpito, pasó como la seda.

¿Por qué? El orador lo dijo á sus colegas de la apuesta; porque allí, vosotras las mujeres no oísteis la palabra, ni la doctrina, ni acaso al mismo cura, sino á la sobrepelliz y á la sotana que vestía, al templo y á su aparato, á la Iglesia que todo aquello autorizaba.

Si aquel auditorio hubiese ido al extranjero, y en una iglesia protestante hubiese oído á un cura de esa religión, vestido con los hábitos que ella prescribe, predicar en castellano, no aquellas herejías, sino la doctrina pura de la Iglesia de Roma, hubiera salido creyendo haber escuchado las doctrinas de

terreas del protestantismo, sólo porque protestantes eran el traje del predicador y el local donde lo usaba.

Pues yo sé muy bien que en países protestantes, los predicadores tienen que tentarse la ropa mucho, porque á nada que en sus sermones se inclinen hacia otra secta de la misma Reforma, el auditorio empieza á protestar y á salirse indignado. ¿Qué significa todo lo dicho? Que ni sabéis á fondo, ni superficialmente, ni de ningún modo, vuestra religión; que sólo sabéis recitar rosarios y oraciones sin sentido, presenciar misas y salmodias que no comprendéis, y creer al buen tun tun, en globo y á montones.

Pero que os aprieten y os hagan decir por qué sois católicas y no protestantes; por qué cristianas y no paganas, y dentro del catolicismo, por qué papistas romanas y no independientes, y allí será el atolladero de no acertar á decir más que vulgares majaderías: «Porque me lo enseñaron mis padres (como si á los moros les hubiera enseñado su religión el diablo); porque así lo dice la Iglesia, que no se engaña; porque hay que creer en algo; porque yo pedí á San Antonio una gracia y la obtuve; porque así Dios lo ha dispuesto y no puede engañarnos.» Alguna se correrá á decir que porque así lo enseña la Sagrada Escritura... Sandeces, meras afirmaciones sin base racional, pues no sabéis qué es creer, qué es Dios, Iglesia ni Santa Escritura.

Yo os sugeriría la respuesta más adecuada, que es: «creo en el catolicismo de los curas, precisamente porque no sé lo que es, ni lo he sabido nunca, y si me pongo á pensar en él se me hace la cabeza agua.» Y esa es la faja; porque si conociérais á fondo esa doctrina de los curas, ¿qué habíais de creer en ella? Os sería odiosa, os llenaríais de horror y de repulsiones instintivas, así á vuestra inteligencia como á vuestro corazón.

Si vosotros supiérais todo lo que hay debajo y detrás del buen Jesús, de la Inmaculada Virgen, del pobrecito Papa, prisionero del Vaticano, de los ángeles y de los santos, de los apóstoles y de las virtudes, no sabríais dónde meteros para ocultar vuestro susto, acaso vuestra ira, y olvidar horrores tan grandes, inhumanidades tan espantables, abismos de crueldad, de ambición y de perfidia tan insondables y tan negros.

Y el caso es que si reflexionárais un poco, vosotras, las que escucháis tantos sermones, leéis tantos libros piadosos y os confesáis tan á menudo, tal vez no tardaríais en ver la víbora escondida bajo la divina alfalfa, como decía el padre Claret. Pero escucháis, leéis y estimáis los dichos del confesor, lo mismo que las oyentes de D. Gregorio; y así os dijeran que Mahoma era Dios, con tal que lo hicieran desde el púlpito y con una sobrepelliz ó roquete del corte acostumbrado, os lo tragaríais tan contentas.

No me digáis, por lo tanto, que es la doctrina del cura lo que os seduce y arrastra; precisamente nada es más opuesto que ella á vuestro interés y dignidad y á vuestra misma naturaleza moral y física. ¿Una doctrina que sostiene que Dios salva ó condena, sin méritos, á quien le da la gana, y para su gloria predestina, irrevocablemente, al fuego eterno al que le place, por buenas obras que haga, y á la gloria al que se

le antoja, por malo que sea! ¿Cómo no habíais de horrorizaros?

No seré yo quien dogmáticamente decida la cuestión; pero no dejaré de exponer, no para vosotras solamente, sino para los hombres también, mi opinión razonada sobre asunto de tal magnitud. Pedid al Señor que ilumine á vuestro entusiasta capellán, para que sea rectamente comprendido.

JOSÉ FERRÁNDIZ

## Sea lo que Dios quiera

Los bizkaitarras se han dividido: unos permanecen agarrados á la fe de sus mayores y otros declaran libre la cuestión religiosa. Y esa división, que favorece á la causa de la libertad, ha tenido origen en una pastoral del obispo de la diócesis.

Se van poniendo las cosas de un modo, que los mismos clericales van á ser los puntilleros de la Iglesia.

Lo sentiré, por el disgusto que van á darme; pero si tal es la voluntad de Dios, lo llevaré con paciencia.

Cúmplase su divina voluntad, así en la tierra como en el suelo.

## Vengan esos cinco

Estoy escandalizado. Las ideas perwersas van extendiéndose por toda España.

¿Creerán mis lectores que en la primera sesión celebrada por el nuevo Ayuntamiento de Pedrola, se acordó...

No me atrevo á decirlo. Mi razón se extravía, mi pulso se resiste á sostener la pluma, mis ojos se nublan, las tiemblas me pierdan...

Acordó... acordó...

Pecho al agua, ya que conviene decirlo para confundir á la impiedad.

Acordó suprimir la partida del culto ¡horror!, y lo que fué más grave aún, dársele á los pobres.

¿A dónde ¡oh cielos!, vamos por este camino? Como no sea á la Civilización, no sé á dónde.

¡Oh, protervo alcalde de Pedrola, don Mariano Algorta! ¡Oh vitandos concejales, cuyos nombres siento no saber para exponerlos á la execración pública!

Caiga sobre vosotros...

Mi bendición apostólica, aunque os produzca el mismo efecto que á mí una excomunión papal.

Y vengan esos cinco.

## La voz de "Casandra"

Ningún personaje real llega á tener la realidad y transcendencia social que adquieren los personajes ideales y fantásticos. Es que el mito encarna algo más que el individuo; encarna el alma de las masas y de las generaciones; son síntesis y resumen de las aspiraciones de muchos siglos y de todo un pueblo.

El Genio que sabe crearlos se hace el súper-Dios, engendrando dioses.

Los personajes míticos del drama de Galdós, tienen esta propiedad. El escenario del Teatro es España toda; los personajes son los ejércitos populares: lentes, á cuyo través se ven las clases sociales extremas ó intermedias, de las cuales cada frase es un rasgo fisonómico característico y cada gesto una revolución espiritual. El conjunto es el pueblo español todo, en este momento preciso, con su atavismo de religiosidad inmoral, cruel, antisocial, disolvente, tiránica é incorregible convergente en la diosa del mal D.<sup>a</sup> Juana, en cuyo cuerpo se agita el fraile hipócrita, el jesuita malvado, el noble criminal, el rico avariento, el *derecho despótico*, la ley inhumana, el *Pasado* todo. En *Casandra*, la diosa del Bien, de la sinceridad, de la sencillez, del amor y del sacrificio, el *Porvenir* anhelante. Doña Juana, es el Espectro del salvajismo, de la barbarie, de la Inquisición, encarnación del Dios ladrón, avaro, furioso, implacable: La MUERTE. *Casandra* es la Visión de la Belleza Moral, de la honradez sana, de la conciencia libertada, del Dios-Bueno, justo, equitativo: La VIDA.

Entre ambas diosas hay la corte de los idólatras; las víctimas resignadas á serlo por la esperanza de ser mañana verdugos, procreando el linaje de los tiranos; las víctimas medio-rebeldes, incapaces de rebelarse y de someterse, ladillas del poder y de la tiranía con ansias de redimirse. Hay el inconsciente fautor del mal que detesta; el consciente que lo explota.

Hay, además, la fecundidad del mal engendrando el bien; la iniquidad lanzando sus propios hijos al Ejército de la Justicia con el exceso de su maldad. Los que fueron retenidos en la corte de la Diosa-Muerte, al verse desheredados, hallan en la desesperación las alas que á su espíritu cortaba la esperanza.

Hay, por último, una lección de alta moral social: el reino de la maldad sostenido por la falta de conciencia de los buenos oprimidos.

La crítica profesional ha tenido gran trabajo para desentrañar el simbolismo de este drama, cuyo mayor mérito está en que el espectador, y quizás algunos actores, no se aperciban de la intensidad simbólica, confundiéndolo con una simple obra *pasional* y de simple arte, cuando *Casandra* es rigurosamente científico-social en sus menores trazos. Galdós ha luchado con la estrechez del marco que ofrece un drama para presentar una serie de problemas de psicología social, con todos los datos necesarios para hacer visible la solución total y definitiva.

En el drama se halla, más en el ambiente que en el detalle particular, el sarcasmo sangriento, la ironía refinada, la demostración majestuosa, un cúmulo de elementos de ingenio y de arte colocados macizamente, con arquitectura clara, sencilla, que deja ver en todo momento la *unidad simple*, el desarrollo majestuoso de la tesis.

Galdós no ha visto todavía representado su drama, de ejecución difícilísima. Muchas ideas se veían hundidas y otras con excesivo realce, en daño de la armonía del conjunto. Ello se irá puliendo y perfeccionando; el boceto está magnífico y maravilloso; el artista debe dar á su personaje el primor y suavidad de

líneas que den á la plasticidad de la obra la morbidez que cabe en la plasticidad de la sustancia.

Casandra ha nacido con alas para volar. Ella paseará por el mundo como apóstol incansable, predicando las doctrinas redentoras á los pueblos, excitando las simpatías todas, entusiasmado los corazones y cargando de electricidad los brazos. Misionera del Bien y de la Vida, inspirará su aliento á las masas, encarnando en cada teatro en una belleza distinta; las mujeres del gran arte dirán orgullosas: soy *Casandra*, y repetirán uno y otro día el Evangelio al pueblo.

Y al ver caer á sus pies la Hipocresía, dirá á los públicos:

*Así se matan las hidras.*

Y los públicos, al caer el telón y al desaparecer *Casandra*, preguntarán como en la noche del estreno: ¿dónde está doña Juana?

Y acudirán en tropel á la calle de la Flor; y atravesará el espacio la gritería; y las ondas acústicas batirán los cristales para sorprender y despertar el sueño juanesco del jesuita y producir la figura fosforescente de la víctima amenazadora:

—Soy *Casandra*, que viene á arrancar de tu ser los hijos y el amor que le robaste... Prepárate... Arregla tus cuentas con tu Dios para saldar las mías... Prepárate...

¿Cuándo saldrá *Casandra* en el balcón de la Presidencia para decirnos: la hidra ha muerto; descansa, España...?

R. M.

## ESTADISTICA RELIGIOSO-CRIMINAL

Pedimos al gobierno democrata de señor Canalejas que circule las órdenes oportunas para que en las delegaciones de policía y registros carcelarios se abran las casillas correspondientes en la filiación personal, haciendo constar los antecedentes patológicos, pedagógicos y religiosos de los reos, con expresión de la índole política y religiosa de las escuelas ó colegios que frecuentaron, para poder formar sobre tales datos la estadística religioso-criminal.

Igualmente pedimos que se anoten estos antecedentes en el registro de prostitución, así como la ocupación que ejercieron antes de caer en el nuevo oficio, ordenando publicar el extracto de esta estadística.

## ¿Brutos, ó neos?

Varios ciudadanos han pedido al obispo de Barcelona que celebre unas cuantas rogativas para que llueva.

—Valientes brutos deben de ser.

—No digo que no lo sean; más advierto que se adornan con el título de miembros del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro.

No quita lo uno á lo otro. Lo bruto aconsonanta con instituto, cuando el que pertenece á él es clerical, sinónimo de animal. Animal irracional, dicho sea de paso.

Es ya el colmo; entender algo de agricultura, lo que supone algún conocimiento de meteorología, y pedir que las rogativas atraigan la lluvia.

¡Fuerza del panecillo á lo que obligas!

## Fantasías cuaresmales

### III

La aberración del placer es compañera del dolor. La bestia que duerme en cada hombre, despierta furiosa, hambrienta del placer que vislumbra deformado á través de las lágrimas. Y aparece lo monstruoso.

El amor huye del corazón del hombre como la santidad de una urna profanada. El dolor ha llevado á ella sus manos sacrílegas. Y el amor se refugia en el cerebro en fiebre, en las fibras de la locura, las únicas que vibrarán al estremecimiento sensual, al rugido de la carne en la furiosa contracción espasmódica de una voluptuosidad viciosa y pervertida.

El rubor es la hipocresía del deseo. La pasión es la careta de la lujuria. La posesión es algo incompleto y doloroso. Es el deseo vuelto ansia. Es la ansiedad convertida en lujuria. Es vergüenza á veces.

Hay un lecho para cada infamia y una infamia para cada lecho. La caricia deja señal de zarpazo. El lecho conyugal deviene estéril. El pecho de la mujer que había de ser pródigo de vida para el niño, es solamente pródigo á la alocada caricia del hombre.

La reproducción es soñada con horror. Un vientre fecundado es una amenaza que á veces se conjura con un crimen. La paternidad es mirada como una carga, una maldición, un castigo al espasmo sensual de dos cuerpos en un momento de imprevisión y descuido.

La virilidad aparece senil. Onán inicia el gozo. La eucarística blancura de la pureza hace pensar inmediatamente en el rostro lívido de la virgen histérica, en la epidermis jorobada de huesos del joven tuberculoso.

El placer en contratación pública, se compra por horas y se paga según la abyecta aberración de la caricia. Un abrazo arranca lágrimas. Un beso hace apartar la boca con asco. La carne de vicio, contaminada por todas las impurezas, se anticipa á la acción de la muerte fecundando millones de nuevas vidas.

El matrimonio, otra forma de contratación,—contratación oficial—es el ayuntamiento de dos cuerpos y el despertar de dos voluntades opuestas. Es la lucha que anula. La decepción que aparece. El cansancio que enerva. La cadena que se soporta. El hastío que se resigna. Es la sociedad en quiebra fraudulenta. El hombre va al matrimonio con déficit en su activo.

La belleza humana se deforma. La suave ondulación de la línea, se vuelve atrevida audacia, insultante desvergüenza. Con la mujer de hoy, Linneo clasificaría un nuevo ejemplar para au

mento de la escala zoológica. La altiva arrogancia, la soberbia gallardía del hombre, tórñase fealdad, afeminamiento y decrepitud. El hombre actual, parece existir para reminiscencia de un hermoso ejemplar ancestral.

Y como el Amor y la Belleza, se prostituyen y deforman los goces más puros de la vida. La Amistad viene á ser una mútua tolerancia basada en el egoísmo. La Familia es una carga que se soporta con resignación. El hombre envejecido y débil, impotente para el gozo, inepto para disfrutar de las dulces sensaciones del vivir, arrastra una vida de cobardías y de dolor.

Una vida que hace más miserable aún, la enervadora imposición de los grandes mitos que la Humanidad inventa para su tormento. Una vida que es miseria, degeneración, locura. El hombre abre los ojos á las tinieblas, cuando la luz, pródiga de colores y tonalidades, brota á raudales. El hombre se complace en sentir el tormento de la sed, delante de la transparencia de las aguas, que sería delicia para sus labios de sediento. El hombre encoge su espalda al peso de las cadenas cuando todo le convida á sacudirlas entonando el *Resurrexit!* de la Vida y de la Libertad, como preludio de una gran hecatombe para la farsa y la mentira.

Una hecatombe formidable y única; hecatombe de dioses, de altares, de ídolos, de amos, de cadenas, de todo lo que tiranice, de todo lo que degenere y embrutezca, de todas las negaciones de la vida. Repitámoslo siempre, como á dogma:

La tierra para el hombre. No el hombre para la tierra.

La vida por el hombre. No el hombre por la vida.

El hombre para la tierra es negación de la tierra. El hombre por la vida es negación e existencia.

El hombre fuerte y libre, señor de la tierra, es el hombre-Dios, el hombre divinizado por su indomable arrogancia, por la soberbia de su valimiento.

La religión del hombre-Dios, es la religión del vivir. La religión que convierte la vida en un jardín de amores bajo la opulencia del cielo azul. La religión del vivir, consoladora y racional, sin otras exaltaciones ni fanatismos que el odio al dolor, sin otro misticismo que el gozar de la vida.

Mientras exista una conciencia esclava, existirá el dolor sobre la tierra.

Vibre el *Resurrexit!* de la humanidad muerta. La religión del vivir es el primer paso de la redención del hombre. El día de su definitiva liberación, la Verdad y la Justicia triunfantes elevarán el brazo del hombre-Dios para aclamar á los grandes apóstoles de la vida.

Y entonces, Cristo, el humilde de entre los humildes, Cristo humano, cuando más humano más grande, libertado de la afrenta de la cruz á que sigue condenándole la Humanidad, reclamará su lugar en la plaza pública entre los monumentos á los genios.

CASIMIRO GIRALT

Barcelona, Marzo, 1910.

## Los dos Dioses cristianos en el Japon

«Quando el santo Comissario fray Pedro Baptista vino al Japon con sus

compañeros, estaban los Padres de la Compañía arrinconados y escondidos por la persecucion que havia levantado contra la christiandad Taycosama... Moviose el Emperador de Japon á desterrar á los de la Compañía porque havia tenido guerra con un bonço de Usaca, que es como padre y sacerdote de gentiles, y costole el acabarle de vencer echarle encima de su fortaleza un rio de agua con que los ahogava, hasta que se rindieron; y assi temía mucho mas á la Compañía, cuyo poder en Japon era tan grande que se dice que quando el Padre Visitador de la Compañía salía á algunas visitas, llevaba trescientos y quatrocientos criados de lanças y armas (y predicanse por Apóstoles de Jesu Chisto y seguidores de su pobreza) y en Japon, donde no havia otras Religiones, sacavan el poder de dinero que asombra el mundo, y aun decian que assi convenia para predicarse el Evangelio.»

Despues de referir la vida pobre y caritativa de Fr. Pedro Baptista, dice el autor de esta Relacion: «Ver la Compañía con grandes tratos y mercancia. Ver á los Religiosos (de San Francisco) descalços y sin pecunia; ver la Compañía andar en literas en hombros de hombres; ver los unos en poderosos cavalleros, con muchos criados armados de espadas y lanças, y ver á los otros andar á pie, vestidos de sacos remendados o rotos. De aqui levantavan los japones algunas dudas, y la primera duda era si eramos todos de un Dios y si esperáramos todos una bienaventurança.»

(Manuscrito de la Biblioteca del Seminario de Zaragoza. Estante 48, tabla 2, número 5.169, folio 376.)

## La profesión

Brillante como ascua de oro estaba toda la iglesia del convento, que aquel día entraba una monja nueva.

Rodeada de sus deudos apareció la profesa con blanco traje de raso y simbólica diadema.

Era una rubia preciosa de unas veinte primaveras de hermosos ojos azules, blanca, vaporosa, esbelta. Los presbíteros fijaron lúbrica mirada en ella, y hasta el *sacris* conmovido dejó resbalar su vela.

«¡Feliz ella! murmuraba en un rincón una vieja, exama de cura, y ya en la escala de reserva, en tanto que otra en activo dijo torciendo la jeta: «Esas son las que pervierten á nuestros señores, esas...» Empezó la ceremonia; la música ratonera del órgano destemplado sonó en las naves aquellas, y cuando el acto dió fin y franquearon la reja las madres para el ingreso de su nueva compañera, fué el público, dejando

la santa casa desierta, y los curas á quitarse los arreos de la fiesta. En la sacristía, libres de miradas indiscretas, tuvieron su *gaudeamus*, que en caló se llama *juerga*. Al padre vicario todos dieron mil enhorabuenas, mas uno que le trataba con excesiva franqueza, al oído, y parodiando cierta popular zarzuela: «¡Picaronazol, le dijo, ¡Qué buena chica te llevas!»

## España en 1910

como en Filipinas en 1760

«Estas noticias no pueden llegar á el Rey inmediatamente, si no por los conductos de los Ministros, y como estos canales están en nuestra España (por nuestros pecados) tan imbuidos de la ciega pasión hacia los PP. de la Compañía, es consiguiente que todas las especies que á estos Padres tocan, ó se pinten á el Rey con los colores que desde acá los mismos Padres y sus devotos (que son quasi todos) les dan, ó que totalmente se sepulten quando no son capaces de admitir tintura que las desfigure.»

Es indecible el manejo que los Padres tienen en estas Islas. No se confiere empleo secular, ni eclesiástico, civil, ni militar, que no sea, ó por influjo, ó con aprobación de ellos. El año de 52 llegó Don Josph Galvez á Manila con una Zedula de Su Magestad en que nombraba á el dicho Gobernador de el Presidio de Sangboangan. No les tenía cuenta á los Padres que este hombre, aunque nombrado por el Rey, sirviese aquel empleo, y negociaron con el Marqués de Ovando el que no se le pasasen por la Real Audiencia los despachos; de que se han seguido al dicho Galvez grandísimos atrasos... De aquí proviene el que nadie se atreva á abrir la boca en punto de que se pueda sentir la Compañía, y de aquí nace también el que todos en todo hablan á el gusto de los Padres.

«...Yo, señor, entré en estas Islas el año de 47... El año de 1748 apareció en Manila el P. Juan Angles, uno de los misioneros jesuitas que estaban en Joló, y con su llegada se comenzaron á sentir algunos rumores sordos acerca de aquella Mision. Despues se supo que el Sultan de Joló se hallaba en Sangboangan fugitivo de su reyno y herido gravemente en un muslo, á causa de un tumulto en que un hermano suyo se alzó con el cetro y echó de Joló á los Padres.»

(M. S. del Seminario de Zaragoza. Estante 86, tab. 3 número 8.884.)

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Punad de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel.

TRES PESETAS TOMO

## La Iglesia asesina, ante el Código Penal

EXPLICADO POR LA MORAL CATÓLICA-ROMANA OFICIAL DEL ESTADO ESPAÑOL

Sr. D. Antolín López Peláez.

Fíjese bien en el tema, Sr. Peláez, y salga usted á refutarlo con la pluma de oro que acaba de regalarle la Buena Prensa, en compensación de los pavos de Navidad que se le comieron los consumidores de Logroño en la última nochebuena.

La afirmación que hago es grave, y conviene probarla cumplidamente. San Ambrosio, ¡fíjese bien, no es Ferrer!, *Libro de Tobias*, capítulo XXIV, hace esta definición de esta clase de asesinatos, que traslado de una traducción episcopal: «Es ser asesino negar á un hombre los socorros que le son debidos para vivir». Orígenes añade: «Quien no viste al desnudo es un espoliador y un ladrón». Esta doctrina se halla sustancialmente confirmada por San Jerónimo. *Epístola 49 á Paulino*, por San Basilio, *Sermones de la limosna*, San Agustín, *sermón 276*, Tertuliano *Libro de la Penitencia*, el Crisóstomo *Levítico*, cap. 25 y otros; San Pedro Damiano *Opusculo de la limosna*, y San Gregorio Magno en las *Instrucciones á los obispos*. No admire mi erudición: es hurtada de otro que tenía menos ocupaciones que yo y que gastaba mitra como usted.

Paréceme, pues, cosa inconcusa que tal doctrina es católica y regla de su moral. Hállase, además, conforme con muchos pasajes de la Escritura y singularmente con el proceso del Juicio Final que hace Cristo lanzando al Infierno «al que pudo socorrer al necesitado y no lo socorrió», sean Papas, obispos, reyes ó frailes, sin que les valga la absolución pontificia, ni la famosa Bula de mosen Borrás.

La Mariscala de Terraques explicaba esta doctrina con un simil muy exacto y hermoso. «De igual manera que se puede apagar una lámpara, ya soplando violentamente, ya dejando de echarle aceite cuando lo ha menester, así hay dos maneras de matar á las gentes: una la agresión violenta, y otra negándole el socorro que necesita para vivir.»

### El hecho eclesiástico y el Código Penal.

Sobre esta doctrina, contra la cual ni usted, ni Laguarda, ni Pío X tendrán franqueza de protestar verbalmente, se levanta el escandaloso hecho eclesiástico general de mantener á un sin fin de sacerdotes abandonados á la miseria, de los cuales Prat es un ejemplo y entre los cuales se sumarán bien pronto todos los sacerdotes forasteros de Barcelona. Sin ir más allá, anteayer me encontré al jesuita P. Rojas pidiendo limosna en plena calle de Fuencarral, á ciencia y conciencia de jesuitas, Nuncio y obispos. Esta miseria es causa directa y necesaria de la muerte en plazo más ó menos breve, según veremos luego.

La intención de la Iglesia es de hundirles en esa miseria homicida. Tanto es así, que el periódico órgano del obispo de Vich, se enfurecía de que en París se hubiese creado una institución para socorrer á los clérigos arruinados por los obispos: extremo de odio á que jamás llegó secta alguna. A impedir que se les socorra, los obispos enderezan

las censuras que en sí mismas llevan la difamación, y se publican las suspensiones para encerrarles en el círculo de la miseria. Por ahí han atacado ustedes á Prat, reteniéndole los frutos del beneficio, negándole á pagarle derechos que él tiene por devengados, exigiéndole fianzas para sacarle del bolsillo el último céntimo, suspendiéndole las licencias para que no pueda ganarlos en lo futuro; sitio completo; bloqueo total; embotellamiento sin escape.

Estos bloqueos, productores de la miseria y de sus consecuencias (que veremos), constituyen en su conjunto «una acción necesaria y racionalmente ordenada á producir la muerte, mediando en su gradual ejecución visible ensañamiento; y todo ello verificado por voluntad libre y en previsión de las consecuencias finales». Si reúnen todos estos requisitos (que yo no puedo afirmar desde luego por razones fáciles de comprender) estamos de lleno en el Código Penal que en tales términos define el delito, agravado por la duración de la acción supuestamente criminal y por la tortuosidad de los medios encaminada á asegurar la impunidad.

### La Iglesia rebelde á los cánones y al Concordato.

No me diga usted, Sr. Peláez, que esos perseguidos se hallan en tal estado «porque quieren», y que siendo por su voluntad, no les agravia. Usted y yo estamos en el secreto de los medios que la Iglesia pone en juego para obligar á querer lo que no se quiere. También á Pío X y á usted les sabría yo hacer querer. Si es que ellos prefieren la muerte por la miseria á someterse á las exigencias de los obispos, que todos sabemos cuan santas son, esos suicidas ó son locos ó son cuerdos; si son locos que corren al suicidio, el que lo ve y puede evitarlo y no lo evita, es un malvado; y si es un padre, obligado á defender la vida del hijo, según lo es de sus clérigos el obispo, es simplemente un parricida por omisión voluntaria, penada por la ley. Si son cuerdos, ¿qué mayor vergüenza para una Iglesia que la de hacer su disciplina aborrecible á sus hijos más que la misma muerte? ¿Cuál será el espanto y horror que les habrá producido la intinidad de su Madre? Esto sólo bastaría para formarle proceso á Ella.

Tanto si son cuerdos como si son locos ¿puede la Iglesia, y en su representación el obispo, consumir el homicidio ó presenciar el suicidio de sus clérigos, sean culpables ó inocentes? Ante la moral católica tenemos la solución: «en caso de necesidad extrema, todos los bienes son comunes». En ese extremo último, ese pectoral de usted y su anillo y mitra, son de esos... Cosa la propiedad de la Iglesia, y al impedirles que tomen lo suyo, se les roba y se les acomete. Los Padres antes citados amplifican más esta doctrina.

Por su parte, las cánones todos, sin excepción, están de acuerdo en condenar como escandalosa y deshonesta la exposición del clérigo á la miseria envilecedora. ¡Menuda zalagarda arman ustedes cuando se toca al bolsillo de la Iglesia! Y, si abriese proceso sobre ello una Rota, más respetuosa del Espíritu de los cánones y del Evangelio que de la letra homicida de las leyes, sin reparo podría aplicar á tales obispos, papas ó curas la excomunión especial aplicada

á los detentadores de bienes de los clérigos.

Empero, hay una razón literal perfectamente clara que sólo el que lleva legañas episcopales puede dejar de ver. Es el artículo 40 del Concordato, que dice que los bienes de la Iglesia serán disfrutados en su nombre por el clero, y añade: «igualmente administrarán los prelados los fondos del indulto cuadragesimal, aplicándolos á establecimientos de beneficencia y actos de caridad en las diócesis respectivas». Y el artículo 37 manda que el fondo de reserva á disposición del Ordinario, sirva «para atender á los gastos extraordinarios ó imprevistos de las iglesias y del clero, como también á las necesidades graves y urgentes de la diócesis». He aquí un fondo del cual es propietario en su caso y siempre con dueño el clérigo «in eternum», censurado ó sin censurar, con licencias ó sin ellas. El obispo no es más que administrador, según la ley y la disciplina.

¡Ríndase cuenta de ese fondo de reserva y de la beneficencia á los dueños legítimos, que son la diócesis y el clero gravemente necesitados! ¡Ríndan cuentas! Los dueños tienen derecho á saber el uso que se hace de sus bienes, y si al reclamarlos no le son dados, el administrador es un ladrón.

¿Son clérigos los miserables? Pues la miseria urgente es título legítimo de propiedad concordada. Ellos pueden reclamar judicialmente y acudir en fuerza al tribunal ordinario, que por Regalias concordadas está obligado á prestar auxilio al atropellado por la Iglesia.

¿Las Ordenes imprimen carácter? Pues si ese carácter les sirve á los obispos para aplastar á sus clérigos en nombre del Concordato, en nombre de éste pueden ellos defenderse de ustedes. Y si ustedes abusando de la corrupción política y de la perfidia antipatriótica de los Poderes públicos se ciscan en el Concordato y en los cánones por no haber fuerza legal que se los aplique, vendrá á aplicárselos el del refrán: «qui no obeheia á pare y mare, ha de obehir á Pell de Cabra», y más en Barcelona donde rige con fuerza de costumbre la justicia catalana.

### El Eminentísimo Doctor Mefistófeles.

¿Que ustedes los obispos se ciscan en el Concordato y en los cánones y en los Santos Padres y en el Evangelio, por no haber quien se los haga respetar? Ya lo sabemos. Lo dicen de común acuerdo los integristas, los carlistas y todos cuantos han tenido que pleitear con ustedes. La justicia eclesiástica tiene en el mundo la fama merecida. Lo selló con su autoridad generalicia el agustino P. Vázquez. «Ninguna persona honrada es capaz de soportarla.» Está en la conciencia del Pueblo. Los propios tribunales civiles miran con desprecio los enredos curialescos episcopales, en los cuales la sentencia final es lo primero que se escribe en la intención que mueve todos los procesos. Ahí se invierte la ley del juicio, «según lo alegado y probado, debemos fallar», en esta otra forma: «según hemos fallado, debemos alegar y probar». Nunca os faltan razones; nunca os faltan cánones; si os falta la ley canónica, saltáis á la civil; ahora en Pinto, ahora en Valdemoro... ora parecéis ardillas, ora parecéis raposos...

Y así alocaís abogados y aturdiís á los litigantes hasta que huyen de vosotros convencidos de que gozáis del derecho de *corsarios* en el maremagnum de la Iglesia.

Cuando habéis consumado vuestro último propósito halláis todavía medio de escarnecer á vuestras víctimas, presentándolas envueltas con los papeles de vuestros procesos infamantes, tejidos de picardías para convencer al vulgo de que son ellos los pícaros. Mefistófeles con báculo y mitra...

Y una vez espoliados, desnudos, hambrientos y miserables, la Madre Iglesia arroja al Hospicio de la pública mendicidad á sus hijos, desafiándoles á ellos á batirse con el hambre y á buscar modo de vivir con un trabajo para el cual los mutiló previamente arrojándoles de su Casa...

#### Los amigos de Casandra.

Pero en el arroyo público se encuentran todos los espoliados por la Iglesia. Ahí están el obrero explotado por el párroco, el esposo deshonorado por el confesor de su mujer, el sobrino espoliado por el jesuita, el hijo de la madre infamada por el cuaremero, la maestra arruinada por la monja, el catedrático calumniado por vuestra petulancia, las masas explotadas, insultadas, tiranizadas y ultrajadas por vuestras teorías, las víctimas todas de vuestra rapacidad en la paz y de vuestras perfidias continuas. Y esas masas de víctimas y de escarmentados componen el Pueblo: ese Pueblo al cual pertenecían los padres de esos clérigos, á quienes robasteis los niños aptos para ser hombres y se los arrojáis hechos clérigos inhábiles para la humanidad. Ese Pueblo que hasta aquí contemplaba con indiferencia las contrahechuras de vuestros liados, está reflexionando: *piensa!* y al pensar, va componiendo sus recuerdos hasta coordinar sus ideas... Y ya no ve sólo la contrahechura, sino que mira al contrahecho; y recuerda que ese *contrahecho* que ahora le arrojáis para su diversión y risa, no estuvo contrahecho siempre; y recuerda el niño... el niño aquel *suyo* que un día vió jugar entre sus hijos... y observa que la contrahechura es obra vuestra... y ya no se ríe del miserable Guynplaine... Ríese de satisfacción de haber descubierto vuestras mañas, que vosotros creéis ignoradas; ríese de veros á vosotros afanados en *contrahechar* á otros, y os sorprende en el acto de sacar astutamente de brazos de la madre el niño adaptable, para llevarle á vuestras cavernas á amputarle esa adaptabilidad humana, adaptándolo á vuestro molde deforme; y observa el abuso y explotación que hacéis de su contrahechura, y los inmorales caprichos de vuestra disciplina, los empujones que le dáis hacia la rebeldía y el sarcasmo con que se lo arrojáis por la ventana cuando os acomoda... Y ese Pueblo siente removerse sus entrañas de Padre; y va recordando y reconociendo á su hijo... Y los payasos que ayer le hacían reír ahora la amargan aquellas risas y ve que se ha reído de sus propios hijos...

Y ahí lo tenéis: la Iglesia arroja de su Casa á Prat, y el Pueblo le recoge en la suya. Y en la Casa del Pueblo, la familia popular estudia el caso de Prat... Y los hermanos van recordando... Y las

madres oprimen en su seno los hijos para salvarlos del Ogre eclesiástico... Y los padres acarician el bastón... Y los ojos lanzan miradas buscando á través de las paredes á los deformadores... Y hierve la sangre de los miembros de aquella familia... Y una voz misteriosa va diciendo á todos los oídos: «como ha deformado á ese el Ogre, deformará á tu hijo... á tu nieto... á tu bizaieto... á tu hermano...» Y el palo se carga de electricidad, tienta las manos... Las víctimas se miran extrañamente. Las narices se abren. Se siente olor á semana trágica...

Y San Juan Crisóstomo, se presenta á predicar á aquellas turbas su Homilía 21 sobre la Epístola á los Corintios: «El poderoso es responsable de las faltas y delitos que, impulsado por su miseria, cometa el pobre.»

Y el Padre-Pueblo va preguntándose si es hora de exigir cuenta á la nodriza-Iglesia de la sangre de los hijos que le ha conñado... ¿Hacéis ya el lío de billetes y títulos y tenéis preparados los disfraces para escapar y soltar la carejada sobre el Pueblo, desde la cumbre del Canigó, dejándole los hijos mutilados y la Miseria?...

¡Pase!... En vuestra precipitada huida mirad que no déis de bruces con el Pueblo... que también está al otro lado de la frontera. Y también en Roma piensa y críspala los puños...

¿Que la Iglesia es universal?... Y el Pueblo es más universal que ella... Las víctimas son más numerosas que sus fieles.

La fuerza de los «Espectros».

S. PEY ORDEIX

## Conformes

Después de in ultar trailescamente, esto es, cochínamente al municipio y á los que se vistieron de máscara el domingo de Piñata, según uso y costumbre en todas partes, un papeluchín carcatólico de Vigo dice muy formal, que ese proceder «acaso obligue á todos los católicos á unirse para hacer saber sus derechos, *imponiendo por la fuerza*, si es necesaria, el respeto que sus creencias merecen.»

Bien dicho: por la fuerza. El respeto á las creencias debe imponerse así. Sólo que entonces se pierde el derecho á anatematizar ni perseguir á los que queman conventos.

Los revolucionarios de Barcelona abrigan la creencia, como toda persona honrada y de buen sentido, que los conventos saquean y arruinan á España, y se dijeron: «acabemos con ellos por el fuego.» Y lo hicieron.

Por esto yo me he guardado muy bien de condenarlos.

Soy muy escrupuloso en condenar las creencias ajenas.

## OTRO TIRTEAFUERA

«Hace dos años, en el instituto clerical Scriffignani de Agira estallaba un grave escándalo que, en un principio y por todos los medios, se trató de sofocar de parte del director del mismo Instituto

y del presidente de la Administración monseñor Ciantessa.

El sacerdote Juan Guido, de veintitrés años, venía abusando tiempo atrás de catorce muchachos, de los treinta que había en el colegio, entre los ocho y los doce años. No habiendo sido posible sofocar el escándalo, la autoridad judicial inició procedimiento contra Guido, responsable de violencias carnales y actos de lujuria continuada, y contra monseñor Felipe Ciantessa, el preboste de Nápoles, el prior Volpá y el doctor Valenti como responsables civiles.

El proceso se ha desarrollado en estos días ante nuestra Corte de Asises (Catania) á puerta cerrada.

Los jurados, al final, retirados en Cámara de Consejo para examinar 139 proposiciones, quedaron deliberando por espacio de unas cuatro horas, pronunciándose afirmativamente sobre todas las preguntas.

Después de lo cual el presidente leyó la sentencia por la cual el puerco sacerdote fué condenado á diez años de reclusión y absueltas las partes civiles.»

(Giovane Italia.)

## Memorias de un jesuita

### Un Luis comprometido

Estaba yo en mi cuarto pensando y pensando con profunda pena, cuán poco fruto recogíamos los jesuitas de todas nuestras predicaciones, cuando sonaron en la puerta dos discretos golpecitos: dije, «Entre», y apareció la huesuda y mística figura del portero.

—Un joven espera á usted en la sala de visitas.

—Dígale que estoy muy ocupado y me es imposible bajar.

—Dice que se trata de un asunto urgentísimo.

—Entonces, allá voy;—y detrás del lego me dirigí en busca del joven, á quien, por lo visto, podía yo sacar de algún gravísimo apuro.

En la residencia de los jesuitas recíbese á los seglares en una serie de gabinetes contiguos y de tal modo dispuestos, que en cada uno de ellos es completamente imposible ver, ni menos oír, lo que en otro se hace ó platica.

En uno de esos me esperaba á mí el joven anunciado, y, apenas me vió, cuando de un modo semejante al que la princesa Micomicona hubo de arrojarle de hinojos ante Don Quijote, para que la librase del terrible gigante Malambrino, así cayó de rodillas en mi presencia, y con amargo llanto en las pupilas me dijo:

—No me levanto de aquí hasta que me prometa usted salvarme en el apuro horrible que me aqueja.

—Levántese usted, hombre de Dios.

—No me levanto, no, si no me promete acceder á lo que pido.

—Bueno, pues lo prometo.

A todo esto yo trabajaba por contener la risa que retozona acudía á mis labios, viendo á aquel hombre de grande y retorcido bigote, aventajada estatura y aspecto de hombre tón, postrado de rodillas, con los ojos llenos de lágrima.

mas y en la actitud más ridícula que imaginar se puede.

Era Luisito perteneciente á aristocrática y arruinada familia; elegante hasta la exageración; perfumado de modo que llegaba á causar mareos á cuantos se le acercaban; peinado con tal arte, que la blanca y recta raya, que empezaba en la frente y en el pescuezo terminaba, parecía trazada con pincel, mientras el pelo, negro y reluciente, en dos artísticos é impecables bandos se dividía.

Hablaba Luis con un poquito de ceceo y voz dulcísima y miraba con tanta ternura, que necesariamente había de causar profunda impresión en las bellas que enamorar quisiera.

Habíase murmurado mucho del pobre chico por motivos fútiles y que más bien debieran haber sido motivos de alabanza y galardón. Sólo se trataba de que su natural cristiano y bondadoso le llevaba á ocuparse con gran celo de la santificación y perfección de soldados y barrenderos. Con ellos paseaba; dábales lección de moral y de los primeros rudimentos del arte ó de la ciencia; asistía solicitó en sus enfermedades y de todas maneras les rodeaba de un ambiente de solicitud y de cariño.

Sentóse, pues, á mi lado el atribulado Luis, aún con lágrimas en los rasgados ojos, y se expresó en éstos ó parecidos términos:

—Ya sabe usted, padre Gil Blas, la lucha con el mundo que he tenido que sostener para ser buen cristiano y hacer obras de celo y religión. Sabe usted también que ni aun al padre Sanz heme atrevido á confiar los secretos de mi espíritu. Mi calvario ha sido horrible, pues el porvenir se me presentaba completamente negro sin una boda ventajosa, y la boda se hacía imposible por la guerra sin tregua que me hacían lenguas viperinas y anticristianas. En esto presentóse un enlace que ni soñado. Una joven cristiana y pudorosa, perteneciente á familia archimillonaria y enamorada de mí hasta el punto de haber resueltamente declarado que ó conmigo ó con nadie se casaba; en una palabra, padre, *unetrouwaille*, como dicen los franceses.

— Toda esa historia la conozco.

— Bien, ahora entra lo interesante.

— Vamos á ver.

— Figúrese usted que unas cartas que escribí á un íntimo amigo mío, soldado de la escolta real, hoy lacayo de Palacio, han ido á parar á manos del director de Caballerizas que es enemigo mío y jura que las ha de entregar á mi futuro suegro.

— ¡Qué atrocidad!

— Y las entrega; sí, es muy capaz; ¡que está furioso conmigo porque el verano pasado no quise bailar con sus hijas diciéndome que eran unas cursis.

— Y ¿á quién se le ocurre?...

— ¿Quién se iba á figurar que pasaran las cosas como han pasado?

— Síga usted.

— ¿Qué hago yo en este caso?; porque si esas cartas llegan á manos del marqués, mi futuro padre político, no hay ya boda posible.

— ¿Qué puedo hacer yo en favor de usted?

— Ir á ver á ese hombre, y con la autoridad que le dan á usted los manteos, pedir las cartas y recordar el deber en que todos estamos de no hacer daño al prójimo.

— Esa cosa es más difícil de lo que á usted se le figura.

— ¡Por Dios, padre, no me abandone!

— Veremos, veremos, lo que se me ocurre.

— Es que hay que determinar en seguida.

— Vuelva usted esta noche y tendré pensado lo que se puede intentar.

— ¡Ay qué día de angustia voy á pasar!

— Tenga usted calma, sea usted hombre.

— Es imposible, padre, es imposible.

— Hasta luego, Luis, hasta luego.

— Adiós, padre.

Sentí un beso en mi mano, que no sé por qué me hizo peor impresión que de costumbre; y es de advertir que siempre me la causaba mala esa costumbre del besuqueo, que convierte la mano del sacerdote en universal servilleta de bocas y narices cristianas.

Conseguí obtener las famosas cartas; creí que se volvía loco de gusto mi Luisito; alabó al padre rector mi proceder, pues, dijo, nos convenía una boda que formaría riquísimo hogar del todo jesuítico, y verificóse el enlace del fervoroso Luis con la hija del marqués.

Asistí á la ceremonia; despedí á los recién casados, que emprendían un viaje de luna de miel, y aquella noche la pasé muy preocupado. ¿Qué tal hará el viaje mi penitente? ¿Lo terminará con felicidad? Tales eran los pensamientos que me embargaban y retardaron mucho mi sueño.

GIL BLAS DE SANTILLANA

## CONCURSO

Lo abre en esta forma *La Mitra*, valiente periódico anticlerical de Lérida:

«*La Mitra* ofrece un premio de cien pesetas, al que acertare por qué el padre Pedro desapareció del convento de la Merced y de la capital aprisa y corriendo, y, como es natural, con el rabo... entre piernas.

Queda excluido del concurso el hijo de cierto albañil.»

¡Joven excluido!... ¡Fraile que va huyendo!...  
Pues él mismo nos lo está diciendo.

¡Jóvenes que halléis al paso

á Pedro, el de la Merced!

Dadle el frente, y por si acaso  
arrimáos á la pared.

## El Espíritu Santo en Madrid

Habla por boca de un agustino llamado Zacarías Martínez, que da sus conferencias en San Ginés. Es muy listo ese tio; y no sólo se trae el Espíritu Santo dentro, sirviéndole él de fonógrafo, sino que cita á Hackel, á Flammarion, á Ranke, á Spencer y otros espíritus salidos del infierno, que se han puesto de acuerdo para decir cuanto se le antoje al hermano de Lutero, hijo además del jansenista P. Vázquez.

No sé lo que se habrá pescado en sus dos primeras conferencias. De la tercera leo un extracto, del cual resulta que

el hermano de Fr. Lutero ha intentado deducir la demostración de la existencia de Dios de la *indemostrabilidad científica de su no existencia*; y el hecho de la *creación sobrenatural de la vida*, deduciéndolo de la *inexplicabilidad científica de su origen físico-natural*.

Catedráticos de histología y bio-química tiene el Santo Padre Estado que sabrán responder en sus puntos al fraile metido en calzas científicas.

A nosotros nos basta acusarle de poco escrupuloso en explicar y comentar los hechos científicos y de algo retrasadillo en el conocimiento de los trabajos bio-químicos y bio-mecánicos. Verbi gracia: si hubiese estudiado los trabajos sobre bio-metalismo de Benedik y los de Ramón Alsina sobre la fuerza de los *periodos* de tiempo, no habría incurrido en la ligereza, muy propia de frailes, de ridiculizar la energía de la hereditabilidad y de hablar de la *vida* en un sentido macroscópico exclusivista, ridículo en un Espíritu Santo madrileño.

El nervio de su conferencia parece hallarse, según el extracto, en esta andanada de fraile á lo Campazas y á lo Espanta-Madrid: «Lo que hay de cierto es que todas las fuerzas físico-químicas son impotentes para originar un solo aliento vital.»

No, Fr. Campazas; lo que hay de cierto es que su paternidad tiene muy poca vergüenza científica. Porque si usted no conoce el número, calidad, extensión, transformación, intensidad y combinación de las fuerzas físicas, ni de las químicas, ni sabe dónde comienza y acaba la química, ni la física, ni la fuerza, ni lo que es el aliento, ni cuándo un aliento es vital ó *abiótico*; si usted no sabe nada de los antecedentes, ¿cómo tiene tupé para establecer una conclusión fija?

Se necesita ser fraile para negar *magistralmente* el valor de los experimentos de Lesage y Leduc sobre el origen químico de la vida; necesitase ser también fraile, mucho fraile, para confundir una proposición contraria con una contradictoria, y saltar, del origen físico-químico no demostrado, según su decir, á la demostración del origen sobrenatural.

Un alumno de la Vid le podría recordar que dos proposiciones contrarias pueden ser igualmente falsas; que no por demostrar que yo no he sido el ladrón que robó las arcas del Banco, dejó ya demostrado que fué Fr. Martínez; y que de la indemostración del origen físico, no se deduce el hecho del origen sobrenatural.

¿No hay que creer en los sabios hasta que demuestren palpablemente sus conclusiones?... Demuestre las suyas el agustino; demuestre por el microscopio y por el análisis químico que en el vino consagrado hay hemáticas y leucocitos; que siendo sangre humano-divina, puede inyectarse impunemente en las venas del fraile, por ser *sustancialmente* sangre, con apariencias de vino; demuestre que el pan de la hostia consagrada ha adquirido las albúminas, glucosas, azoatos y demás elementos químicos de la carne, con células transformadas del orden vegetal al biogénico.

Si la electrolisis y el análisis químico

demuestran que sustancial y accidentalmente no han cambiado, ¿dónde está la vida de Dios que les ha infiltrado la consagración? ¿Cuántos grados de alcohol ha perdido el vino? ¿Cuántas calorías? ¿Qué alteraciones? ¿Qué cristales hematológicos?...

Mezclados ese pan y ese vino, y puestos en embutido, ¿qué nueva sustancia alimenticia saldría?

Y, ¿cómo no trae un alma del purgatorio el P. Martínez, ó un angelito del cielo, ó siquiera un miserable diablo, exhibiéndolos desde el púlpito de San Ginés como prueba experimental de que las misas que cobra no son una socaína de cartomancera, ó de que sus sermones no son garrulería de charlatán de plazuela?

Ea, señor fraile; usted afirma la transformación de las sustancias, el cambio de propiedades del agua bendita, la energía especial del aceite crismado... Todo esto son hechos físico-químicos. Usted afirma la telepatía entre el cielo, el infierno y la tierra; usted afirma la creación, que es un hecho físico. ¡A probarlos científicamente! Y mientras no los pruebe, tenemos tanto derecho para decirle á usted que miente y que delira, como usted para decirselo á los sabios.

El P. Martínez ha hallado un argumento colosal. «Hagan los sabios en sus laboratorios lo que hace una planta...» Yo voy á proponer al sabio agustino y al Concilio ecuménico en pleno, con sus Espíritus Santos y no santos, que hagan por la boca un eructo que tenga el olor y el sonido de los que cualquiera fraile lego suelta con la mayor facilidad por otro conducto. ¿A que no lo hacen? ¿Sabría rebuznar el padre Martínez?...

En España ha habido alcaldes de magnífico rebuzno. He aquí la ciencia del P. Martínez; sabe menos que el alcalde pedáneo. Ni sabe bailar un cake-walk como la Sevillanita; ni soltar un trallazo como el lacayo; ni sabe convertir en gaita su laringe, ni enmudecer y dejar de enredar como las plantas.

La ciencia no sabe producir un solo latido; pero, por lo pronto, muchos frailes tuberculosos, mordidos de rabia y atacados de virus contagiosos, laten años y años merced á la ciencia. Algo es algo. La Ginecología salva á millares de niños que años atrás nacían muertos ó no vivían ó vivían deformes. Se ha llegado á alargar la vida por ambos extremos: de la vejez y de la infancia, y á ensancharla en toda edad.

Si no sabemos el origen de todas las vidas, sabemos ya el origen de algunas. Esto lo hemos aprendido á pesar de los frailes, que quemaban á quienes buscaban estos problemas. Y hasta aquí, á cada paso que ha dado la ciencia ha descubierto una trapacería en los frailes.

¿Del primer origen de la primera vida y del último fin de la última? No salte el P. Campazas y no se desboque subiéndose al otro mundo: primero, á estudiar éste, y después iremos al otro, donde seguramente no hay frailes ni públicos ni becerros que se admiren de sus andanadas...

El cometa Halley nos va á traer una serie de noticias del otro mundo verdad.

Y ese que viene realmente del otro mundo nos enseña la sarta de mentiras con que los padres y abuelos de los frailes de hoy engatusaron y embaucaron á las gentes de su tiempo.

¡Esos sí que son testimonios!

Quedamos en que Fr. Martínez es un fraile y en que los fieles de Madrid frailean á las mil maravillas.

Esos catedráticos, diplomáticos, políticos y demás cornúpetos ó descornados padres, maridos, hijos y primos de las amiguitas y devotas de los frailes, de las doncellas desdoncelladas por ellos y de las moniandras hechas poliándricas, todos esos son frailes a priori, a la-tero ó a posteriori.

Un fraile, dos frailes, mil frailes en el coro, hacen las mismas voces que un fraile sólo.

Las monjas en el coro dicen cantando: para tantas hermanas no hay un hermano.

Y los frailes responden desde allá dentro: ahora mismo pasamos todo el convento.

UN DOCTOR MODERNISTA

## Rabanerías clericales

El obispo de la diócesis leyó en una iglesia de La Línea cierta pastoral invitando á los católicos á unirse contra los gobiernos que él llama perturbadores de los derechos eclesiásticos (vulgo, dinero.)

Y en tal tono lo dijo, y tan provocativamente, que las señoras se marcharon, temiéndose una sarracina de parte del público, al que juzgaban fundadamente indignado por la intemperancia del obispo.

Me encantan estas rabanerías eclesiásticas. Ellas harán más por el triunfo de la culta, aristocrática y científica impiedad, que lo que hasta hoy lograron mis constantes esfuerzos.

La Iglesia va á morir pronto de indigestión de arrogancias y atropellos. Perseguida, se haría simpática. Perseguido- ra, aumentará los odios.

¡Vengan, pues, brutalidades, frailes y clérigos! Y gracias por el favor.

## Animalicidio

En Valencia, en Bilbao, en San Sebastián, en los cuatro puntos cardinales se celebran mítins, alabando ó vituperando las escuelas laicas.

Van reduciéndose los términos de la gran batalla que se ha de librar para saber si España es liberal ó reaccionaria, y, claro es: los neos de todas las especies, asnal, caballar, lanar y bovina, echan las patas por alto y rebuznan, relinchan, balan y mugen estrepitosamente contra la enseñanza neutra.

No voy á repetir todos los disparates que dicen y hacen; mas para regocijo de mis lectores consignaré un chistoso lance ocurrido en el mitin de Bilbao.

Los clericales confundieron á uno de los suyos con un hombre libre y consciente y le dieron una tanda de coces co-

mo ellos solos saben dárselos, dejándole completamente desencuadrado.

Ahí me las den todas.

## Contra lo vulgar

Los sentimientos mercantiles, expresados en una prosa de pacotilla, deben constituir y constituyen en efecto el encanto de una sociedad ante todo industrial, para quien la probidad estriba en la exactitud en los vencimientos, y cuyo único sueño consiste en ganar mucho dinero en el menor tiempo posible.

Si Hamlet se presentase hoy, pálido y con una mano en la frente, á suscitar la famosa cuestión del ser ó no ser, nuestros contemporáneos le enviarían noramala y le dirían: «Querido príncipe de Dinamarca; dejados en paz y volveos á vuestro castillo de Elsenaur.»

No hay más asunto que el de casarse con una millonaria ó el de encontrar quinientos mil francos para los pagos del día 15. Eso es lo dramático, lo interesante, lo que agita el alma humana hasta sus mayores profundidades.

Ante el noble espectáculo de ese banquero sobresaltado y temeroso que sólo piensa en sus compromisos de fin de mes, todos cuantos tienen vencimientos pendientes se solazan de placer en sus butacas y exclaman: «Esa es la verdad!» Y, además, hay que confesar, para vergüenza de nuestros tiempos, que el público, en materia de arte, no se entusiasma con la belleza. La forma le es indiferente y hasta le desagrada.

Las naturalezas vulgares se alarman ante la obra del genio, temerosas de verse perturbadas en su honrado quietismo.

La medianía tiene en sí misma algo que la halaga, y no pocas gentes prefieren los perros callejeros á los leones, á pretexto de que estos últimos tienen el pelo recio, la erin erizada, las uñas de acero y la mirada de un brillo insoportable, y á veces devoran á las personas más respetables, sin tener para nada en cuenta su posición social.

La multitud, por uno de esos secretos que no se explican, detesta la forma que especifica una idea, un objeto, lo saca de la nada y le da vida y esplendor.

Es doloroso para los seres que han de sumirse desconocidos en el eterno olvido, el ver cómo un tipo creado por la pluma, por el lápiz ó por el pincel atrae las miradas de todos, se graba en la memoria y adquiere entre los hombres una importancia que jamás podrán ellos alcanzar.

Tan miserable sentimiento se revela de mil modos en las civilizaciones modernas, y sus principales síntomas son el amor á la nivelación y la igualdad en el vestir.

La línea recta, que borra toda forma y puede ser trazada por cualquier zascandil lo mismo que por el mayor genio del mundo, será siempre línea predilecta del vulgo.

Con el traje moderno no se distinguen ni un príncipe ni un millonario de un portero regularmente vestido, y por eso se conserva con tanto rigor, por más que sea feo ó incómodo, glacial en invierno, sofocante en verano y ridículo en toda estación.

La muchedumbre no hace gran caso del estilo, último medio de distinguirse que hoy posee la individualidad humana.

Lo único que le satisface es una idea común vaciada en una frase vulgar que á cualquiera se le habría podido ocurrir.

TEÓFILO GAUTIER

## La santa guardia civil

Aquella piara de padres misioneros que cayó sobre Almansa, tuvo que recogerse en la iglesia para que no hicieran con ellos lo que se hace con sus congéneres el día de Todos los Santos. Pero ni en la iglesia les hubieran éstos valido, sin la cooperación eficazísima de la guardia civil, que acudió en su socorro.

¡Ay qué tiempos éstos! Sin agentes humanos, no hay ya salvación ni para los que se dicen representantes de un Dios milagroso. Siempre hace el milagro la guardia civil ú otra fuerza armada.

Se impone, pues, el reconocimiento de sus méritos sobre el de las imágenes celestes, que hab á que destituir con la guardia civil en los altares.

O no hay lógica en el mundo.

## Buen pintor

Los clericales, pintados en la *Región Cantabra* por los anticlericales de Santander:

«En las antecámaras de los ministerios; en las oficinas de las grandes empresas; en los hogares de los poderosos; en las confortables habitaciones de los aristócratas, adaptando su voz, su gesto, su conducta egoísta á lo que las momentáneas circunstancias exijan, allí les hallaréis con pertinaz consecuencia.

De vez en cuando descienden al cuchitril del pobre para comprar, si pueden, su voluntad y su conciencia, á cambio de un puñado de alubias ó de cuatro miserables prendas que mal cubren sus desnudas carnes.

En todo miserables, ruines, egoístas, no hacen el bien por el bien mismo, por la interna satisfacción de haberle realizado; le llevan á cabo, con cuentas, exigiendo el inmediato pago de capital é intereses, mediante la castración de la dignidad humana.»

Así se combate á la chusma clerical. Venga esa mano, valiente colega.

## ¡Suerte como la mía!

Varias damas bilbainas, á la reina Victoria:

«Señora: V. M. conoce por experiencia los frutos amargos de las escuelas laicas, y sobra todo razonamiento.»

Comentario que aplica muy oportunamente á su demanda *El Cantábrico*, de Santander:

«La estulticia corre parejas con la mala fe. Los grandes regicidas Ravai-

llac y Jacobo Clemente eran jesuitas; jesuita el gran P. Mariana, apologista del regicidio; sacerdote, D. Martín Merino; educados en escuelas católicas y y hasta en Seminarios y conventos han sido Oliva, Otero, Luchini, Caserio y Angiolillo. El mismo Morral se educó en escuela católica, y muy católica es su familia.»

No me canso de dar gracias á la divina Providencia por haberme deparado la suerte, á ninguna otra comparable, de educarme en una escuela católica, donde las tres cuartas partes del día nos las pasábamos rezando; donde aprendí ce por be el catecismo del P. Astete, me saturé de misterios, me impregné de milagros y adquirí esta hermosa fe cristiana que me ha consolado y fortalecido en las grandes desventuras de la vida, infundiéndome además este fervoroso celo que me hace aborrecer con rabia que toca en frenesí á todos los que niegan las excelencias de nuestra santa religión.

Cada vez que pienso en que pude haberme educado en una escuela laica, siento un escalofrío en el alma que sólo desaparece al calor de la alegría que experimento al pensar que nací en aquella época bendita donde no existía esa peste moral de las escuelas laicas, que se ha hecho endémica en esta nación, envenenada con justicia de haber contado entre sus hijos á los excelsos campeones del catolicismo Torquemada, Pedro Arbués, el conde de España, Fray Puñal, Calomarde, Chaperón, el cura Santa Cruz, Cucala, *Jergón*, Rosa Samaniego, Maura, Ugarte y otros preclaros varones, sin contar los que en conventos y sacristías se dedican cariñosamente á abrir los ojos á los niños por procedimientos que su mucha modestia les impide confesar cuando sobre ello se les interroga alguna vez por los jueces.

Sí; tuve mucha suerte al educarme en una escuela netamente religiosa, pues á esta circunstancia debo el conservar hoy completamente incólumes mi fe, mi respeto á las cosas y personas sagradas y la esperanza de gozar después de mi muerte la bienaventuranza eterna por los siglos de los siglos. Amén.

¡Y abajo el catolicismo!

## ¡La conciencia ó la vida!

Un antiguo republicano y librepensador de Lérida, el Sr. Rizo, había llegado á los ochenta años sin flaquear en sus creencias.

Sin fuerzas ya para ganarse la vida, ingresó en el asilo de *Hermanitas de los Pobres* para no morir de hambre.

Y las renegadas del estropajo, abusando de su miseria y su decaimiento físico, le han hecho firmar una retractación, que se apunta la clerigalla como un triunfo.

La antigua intimación de los bandidos del campo «¡la bolsa ó la vida!», ha sido sustituida por los de las poblaciones con la de «¡la retractación ó la muerte por hambre!»

Para perseguir y exterminar á aquellos, se creó la guardia civil; para acabar con éstos habrá que crear la guardia revolucionaria.

¿Cuándo? Cuando el Señor de cielos y tierra fuere servido, que yo desearía fuese lo más pronto posible.

Entretanto, compadezcamos á los que, como el pobre Rizo, se ven á edad avanzada obligados á retractarse, para que les arrojen desdenosamente un trozo de pan.

## VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

*El tormento en los conventos.*

XI

LOS LIBROS DE LOS JESUITAS.—EL PADRE LUIS MIRANDA DEFENSOR Y SOSTENEDOR DE LOS TORMENTOS MONÁSTICOS.—EL TORMENTO POR INDICIOS.—EL TORMENTO POR LA PALIDEZ DEL ROSTRO.—SE PUEDE ATORMENTAR Á LOS NIÑOS.—EL TORMENTO DE LAS CUERDAS.—EL DEL AGUA.—EL DEL LADRILLO ARDIENDO Y EL DEL SUEÑO.—EL DE LAS CUÑAS EN LOS DEDOS.—SE PUEDE ATORMENTAR DURANTE VEINTICUATRO HORAS SEGUIDAS.

Terminamos el artículo anterior con el agradable sabor de boca de ver á un reverendo padre jesuita preconizando el tormento del sueño, ó sea lo que hicieron con el general Castro los franceses en Figueras, como cosa rica para investigar la verdad ó hacer confesar delitos que no se han cometido; y el buen padre Alderete se lo brinda á las monjas, lo cual es prueba más de la dulzura y compasión de los jesuitas. Y digo de los jesuitas para salir frente á la objeción que alguien pudiera hacerme de que eso es una opinión particular del padre Alderete. No hay tal cosa; en la Compañía de Jesús nadie publica un libro que no haya sido previamente examinado y censurado por varios padres, á quienes da esta facultad el padre Provincial, y, una vez que su juicio es favorable, el Provincial pide permiso al General para que el libro se edite, y con todas estas precauciones salen á luz las obras de los jesuitas, que, además, necesitan la aprobación del obispo respectivo. Y si esto pasa con cualquier escrito científico ó literario, calcule el lector lo sentadas que irán las cosas cuando el tema sea teológico, doctrinal disciplinar ó de derecho canónico. De modo que la doctrina del P. Alderete es la de la Compañía de Jesús, la cual no hubiera permitido la impresión de esta obra si las teorías y principios que sustenta el P. Alderete no hubieran sido los suyos. Lo que sucede es que los jesuitas, cual otro capitán Araña, embarcan la gente y se quedan en tierra; ellos defienden y sostienen los tormentos... para los demás.

Entre los tratadistas insignes del tormento monástico figura en primera línea el fraile franciscano Luis Miranda, español, de Valladolid. Es autor de varias obras y entre ellas figuran:

«Exposición de la Regla de los Frailes Menores, Manuale Prælatorum Ro-

gularium, Practica criminalis, canónica, regularis, y sobre todo su obra magna, que es una joya para nuestro intento, el «Liber Ordinis judiciarii, et de modo procedendi in causis criminalibus, tam in foro eclesiástico, etcétera. (Salamanca, 1625.)

Tomo I, cuestión XV, artículo 6 de la conclusión 4.<sup>a</sup> (Toda la obra está escrita en latín: téngase presente.)

«Que el encarcelar es de derecho divino.»

Vamos, sí, como la monarquía. De este modo el encarcelado debe bajar la cabeza resignado y pasar gustoso por todo lo que quieran sus jueces, que obran por autoridad delegada «de Dios».

Tomo II, cuestión XXVI. «De tormentis.»

El autor se encenaga en larga disertación acerca del origen y licitud de los tormentos, y deduce de todo lo que expone que el tormento es «lícito y en extremo necesario.»

Artículo IV, conclusión 2.<sup>a</sup>.—«Si los indicios fueren suficientes y legítimos, «por ellos solos» se puede atormentar al reo.»

Como se ve, nadie puede escapar del tormento si quiere el superior. Bastan «los indicios» de una cosa para poder atormentar á un monacal. ¿Y quién hay en los conventos tan santo y ejemplar á quien la mala fe ó la venganza no pueda atribuir «indicios» de alguna falta penable?

Conclusión 3.<sup>a</sup>.—Los superiores son los que deciden «á su arbitrio» sobre la suficiencia y legitimidad de los indicios, ya que el Derecho «nada determina sobre esto.»

¡Qué barbaridad! El superior, dentro de las teorías monacales; aparece siempre divinizado y ejerciendo la autoridad suprema indiscutible. No es extraño que se entiendan tan bien la frailería y la monarquía.

Artículo VI.—«La prueba semiplena es suficiente indicio para atormentar.»

Artículo VII.—«Y la confesión extrajudicial, aun no plenamente comprobada.»

Artículo VIII.—«Y la fuga del presunto culpable.»

Artículo XII.—«Y la mentira en juicio, la vacilación, el titubear, el temblor, el temor, la «palidez» y otras cosas semejantes, como el trato con malos, etc.»

Parece mentira que se hayan escrito y practicado tales atrocidades. Se acusa á un fraile de un delito ó falta, y si se asusta, tiembla, se le traba la lengua al responder ó se pone pálido, ya hay motivo suficiente para poderle atormentar. Todos estos detalles, que pueden acompañar á la persona más inocente, eran para estos tratadistas del tormento pruebas inequívocas de culpabilidad. ¡Hasta la palidez del semblante!

Artículo XIII, conclusión 3.<sup>a</sup>.—«Los menores de catorce años no pueden ser atormentados.»

Esto tiene su explicación: hasta los catorce años, ó entrada en la pubertad, no era lícito tomar el hábito de monje, fraile ó religioso. Sin embargo, en muchos monasterios, sobre todo en los benedictinos, había niños de coro, ó «escolans», menores de catorce años, á los cuales si se equivocaban en el canto ó rezo se les castigaba con azotes, como hemos visto en la Regla de San Benito.

El P. Miranda exceptúa del tormento á los menores de catorce años porque

todavía no podían ser novicios ni figurar entre los regulares; pero en pasando de catorce, como ya podían ser padres ó monjas, ya no se escapaban del tormento. También exceptúa á los ancianos «decréptos»; si no eran «decréptos», al tormento con ellos! ¡Ah! Si algún fraile era obispo tampoco se le atormentaba. ¡No faltaría más!

Conclusión 6.<sup>a</sup>.—«Pero todos éstos, aun los niños menores de catorce años, pueden ser atormentados en causa de herejía y de lesa majestad.»

Ya se me hacía á mí difícil el que se escapasen sin tormento los niños que moraban en los conventos. Se les atribuía una herejía y en paz. Y aunque no se les atribuyera, ¡es tan fácil sugerir ó hacer decir una herejía á un niño de 11 ó 13 años!

Artículo XIV, conclusión 2.<sup>a</sup>.—«Se puede atormentar sin defensor al reo cuando éste renuncie á la defensa, cuando fué cogido «in fraganti» ó el delito es notorio.»

Siendo la tortura y el tormento medios, aunque execrables, de buscar la verdad, si el delito es «notorio» parece ilógico que se preceptúe el tormento; sin embargo, el P. Miranda y sus secuaces no lo entendían así. ¿Había «indicios» de culpa? Tormento. ¿Negaba el reo el delito? Tormento. ¿Se le cogía con las manos en la masa? Tormento. ¿Era su pecado público y notorio y no había nada más que averiguar? Pues tormento también. La cuestión era dar rienda suelta á la ferocidad que inspiró el Código penal monástico.

Artículo XVI.—«De las varias clases de tormento.»

Conclusión 1.<sup>a</sup>.—«Entre las varias clases de tormento tiene el primer lugar «el de la cuerda». (Consiste éste en colgar al reo de una viga atado de las muñecas ó de los pies con la cabeza para abajo.) El segundo es el llamado de «agua y cordeles». Atado el reo de pies y manos al potro, dos garrotes en cada pierna, uno en el muslo, el otro en la caña de la pierna, de la rodilla abajo; otros dos en cada brazo, uno en el morcillo y otro del codo abajo, y son ocho garrotes. Y seánle echados SIETE CUARTILLOS DE AGUA POR LA BOCA.»

Conclusión 3.<sup>a</sup>.—«El tormento del «ladrido» y del sueño». Poner al reo con los pies desnudos sobre un ladrillo frío y colgado el reo por los brazos de una viga y no le dejen dormir en veinticuatro horas; pasadas éstas, denle fuego al ladrillo...»

A pesar de que el papa Paulo III, en su Constitución «Ad omnes», había mandado que no se atormentase á los reos por más de una hora, para corregir abusos y como una gran misericordia, aquí el P. Miranda establece que el reo esté «veinticuatro horas» atado á una viga sin dormir (otro P. Alderete) y después «fuego» para postre.

Conclusión 4.<sup>a</sup>.—«Tormento de las tablillas». «Se hace primero el de agua y cordeles, y en él, con cuatro tablillas delgadas, cuadradas, de un palmo, con cuatro agujeros del diámetro de un dedo y por ellos se meten los de las manos y los pies del reo y «con unas cuñas se van apretando...»

¡Qué infamia! dirán muchas personas al leer esto. Pues estas «infamias» las aprueba y prescribe la Iglesia, como demuestra la aprobación que va al frente de la obra del P. Miranda, y «toda-

vía» no las ha derogado. De modo que están «vigentes». Si el tormento es lícito y está preceptuado en las reglas monásticas, como hemos visto, es natural que surgieran frailes «penalistas» que ilustraran á sus hermanos en el modo de darlo y en confeccionar torturas, como lo hace el P. Miranda.

En la conclusión 5.<sup>a</sup> cita otros géneros de tormentos usados en otros países, pues cada nación tuvo su fraile inventor y propagador de tormentos, y aun dentro de la misma Orden varían según las naciones.

Concluylamos con el P. Miranda. Artículo XVIII.—«Si el reo no fué suficientemente atormentado y negó su delito, puede ser atormentado nuevamente y aun otra y otra tercera vez, pero no más.»

¡Caramba! ¡Cuánta generosidad y compasión tiene el fraile! ¡Atormentar tres veces seguidas! ¿Y nada más? ¡Es mucha bondad la del monaquismo!

Artículo XX, conclusión 1.<sup>a</sup>.—«Se puede atormentar no sólo para obtener confesión del delito inquirido, sino para saber quiénes fueron los cómplices.»

Si el caso es que no se escapase una rata sin que la molieran los huesos.

Pero todavía nos falta otro sostenedor de tormentos monásticos que deja en mantillas al P. Miranda.

FRAY GERUNDIO

## A tiempos nuevos...

Costumbres nuevas.

Un periodiquito jesuítico de Gandía, publica lo siguiente, bajo el título *Famosa respuesta*:

«Cuando el Rey Enrique VIII de Inglaterra se separó de la Iglesia católica porque el Papa no quiso anular su legítimo matrimonio, hizo llamar el Rey apóstata á los religiosos Pioto y Vitobo, y les dijo: «Si no os declaráis partidarios de la Reforma, os han de arrojar al Támesis;» á lo cual contestaron aquellos esforzados varones: «Sólo deseamos ir al cielo; lo mismo nos da llegar por tierra que por agua.»

Mucho han variado desde entonces los jesuitas.

Ahora, cuanto huelen algún peligro, llaman á la guardia civil y se arman con los fusiles que guardan en sus residencias para acreditar su vocación de mártires, pero sin malditas las ganas de llegar al cielo.

Con seguridad que si entran los revolucionarios de Julio en el convento de la calle de Caspe, en Barcelona, y exigen á sus moradores que blasfemen de su Dios, hubieran dejado los jesuitas en mantillas á todos los carreteros de mulas falsas.

Y si les exigen que abracen, no ya el protestantismo, el satanismo, lo hubieran hecho en el acto; y en esto hubieran demostrado que, contra lo que yo creo, estiman aún la dignidad y la vergüenza en algo, pues nada hay en el mundo tan vergonzoso é indigno como el ser jesuita.

Lo repito: á tiempos nuevos, costumbres nuevas.



## SECCION AMENA

### VECINDAD HONRADA

(Escena triste.)

Don Justo:

—¿Portera!

—¿Quién llama?

—¿Cuánto renta el cuarto tercero?

—Seis mil reales; pero lo bajarán.

—¡Ah! ¿Le van á traer al patio?

—Vamos, es un decir, que lo dejarán en veintitrés duros.

—¿Es grande?

—Hermoso, con luz de Mediodía, empapelado de nuevo, su fuente y la destilación de la luz eléctrica puesta.

—¿Se puede ver?

—Sí, señor; á eso estamos. Suba usted, caballero, que yo voy por la llave.

—Vaya, no dirá usted, que es lo que se llama un cuarto para no salir á la calle más que por fuerza, y en un sitio que ni el de Zaragoza, como dice mi esposo.

—El sitio es céntrico, y, sin embargo, la calle está retirada...

—¿Qué decirse que es una calle corta y tranquila, pero está usted á un paso de todo.

—Eso es verdad y el cuarto me conviene; pero me va usted á decir con toda lealtad si la vecindad es buena.

—¡Buenísima!

—Pongo interés en esto porque soy padre de familia, tengo tres hijas solteras, niños de doce ó trece años, y ya me he mudado dos veces en ocho meses por haber sorprendido en la vecindad y en casas de muy buen aspecto gentes de mal vivir.

—¡Ay, señor! Pues aquí no hay nada de eso. Esto es la paz del mundo; vecindad más tranquila no la hay en Madrid.

—¿De veras?

—Por la salud de mi esposo, y ya ve usted que no querré jurar en vano, porque acaba de pasar unas *trifoideas* que ha estado en el Hospital tres meses.

—Tome usted esas dos pesetas y dígame con el corazón en la mano si en toda la casa vive gente honrada.

—Mire usted; en el piso bajo vive la señorita Nieves, una persona que siempre trae osos detrás, pero muy pacífica ella; no se mete con nadie...

—¿Pero vive sola?

—Sí, señor; es decir, todo se ha de decir; ella tiene un amigo, que es un diputado joven, muy rico, y viene á pasar-se la tarde de conversación, y alguna noche, si hace mal tiempo, se queda; pero, vamos, ¡son dos enamorados que no se les oye!

—Es decir, que...

—En el principal derecha, doña Catalina.

—¿Y quién es doña Catalina?

—Pues es una señora que ha pasado mucho en este mundo y ahora está muy bien, porque ha discurrido una cosa que parece que le da mucho dinero á ganar; vamos al decir, que tiene huéspedes... sin tenerlos.

—¿Qué quiere usted significar?

—Vamos, por un par de noras: se conoce que es gente que viene de los pueblos y descansan aquí hasta que se vuelven por la noche: un caballero y una señora, un señorito y una señorita... Pero no se les siente; no hay nunca cuestiones, ni ruido, ni nada; le digo á usted que esto es como un convento.

—¿De manera que usted tiene la osadía de...?

—En el principal de la izquierda se reúnen veinte ó treinta amigos, todos muy callados, no abren casi nunca las ventanas, entran y salen sin tropel y sin armar bulla, y ahí se pasan hasta las dos ó las tres de la mañana jugando con unos botones de marfil, que hasta en eso se ve que no hay malicia... El inquilino es un tal don Bernardo, muy buena persona, que nos da cinco duros de propina todos los meses; ¡ya ve usted que para dar así cinco duros en estos tiempos, es menester ser un santo!

—¿Luego en todos los pisos?...

—En ese segundo de enfrente tendrá usted por vecino á un chico muy elegante, que apenas para en casa, y vive sin familia, ni criados ni nada. A mí me es muy simpático porque no tiene suerte; ya van dos veces que le han sacado en los periódicos, que en todo se meten, llamándole *Rufino el carterista*, lo cual que es una infamia; y una vez hasta lo detuvo un guindilla y me lo tuvieron al hombre en el Gobierno civil, y resultó, como me dijo él á mí cuando volvió, dándome un alfiler pa mí Paco, que lo menos vale veinte duros. ¿No haga usted caso, señora Pepa; les ha dao por confundirme con otro; lo que hay es que yo hago carteras.

—¡Ya lo creo!

—Y así debe ser, porque cuando se va por la mañana y yo le limpio el cuarto, siempre tiene ocho ó diez carteras encima de la cómoda.

—¿Como que es muy conocido!

—Pues ahí tiene usted. Y en los pisos terceros viven una chica huérfana que baila sevillanas en las reuniones que tienen los señoritos de la aristocracia, y en el otro dos coristas que viven en familia con dos primos suyos. ¡Ya ve usted si es cantidad de gente! Pues aquí no se oye una mosca... Si busca usted tranquilidad, tranquilidad tendrá pa dar y vender; ¡casas como ésta hay pocas!

Don Justo furioso:

—¡Y aquí quería usted que viniese yo á vivir! ¡Y tiene usted la frescura de llamar á esto una vecindad honrada!

Discurso de la portera:

—Oiga usted, caballero; quince años llevo en la casa, y hasta el año pasado, en que quiso Dios que se juntaran los vecinos que hoy tengo, no he visto en ella más que inquilinos atrasados, embargos, muebles vendidos por los escribanos, desahucios, trampas, el casero siempre poniendo papeles, ¡un desastre! Aquí hemos tenido dependientes de comercio, oficiales retirados, viudas de clases pasivas de Ultramar, periodistas, pintores, curas, pianistas que daban lecciones, bolsistas, obreros, trabajado-

res, cómicos, señoritas que cosían para afuera... de todo. Pues el dependiente, porque no ganaba bastante; el cómico porque estaba sin contrata; el bolsista porque había perdido; el pintor, porque no vendía cuadros; las huérfanas, porque les daban poco por la costura; los curas, porque no tenían misas y el clero bajo no gana nada; los obreros, porque andan siempre lampando y tienen más hijos que las chinches, aquí no pagaba nadie más que á malas, ó no pagaban nunca. El casero tuvo un ataque de apoplejía de tanto padecer, viendo la casa siempre vacía y sin producir nada. Desde hace un año, con estos honrados inquilinos de ahora, el día primero de mes, antes de que anochezca, ya tengo en la portería el dinero de todos los cuartos, y además propinas bárbaras para mí Paco y para mí. El casero ha engordado y su señora ha tenido un niño á los cincuenta y ocho años. Todos aquellos que lloraban y suplicaban y pasaban meses y meses sin pagar, todos nos echaban por medio su honradez. ¡Honradez! ¡Pílos! ¡Los honrados son estos! ¿Lo entiende usted? ¡Estos!

—¡Y usted una mujer inmoral, defensora de la gentuza que aquí vive! Una casa en la que hay una Celestina...

—¡Catalina!

—¡Celestina!

—¡Si lo sabrá usted mejor que yo!

—Un garito, unas mujeres de mala vida, un tomador...

—¡Oiga usted, caballero! Mis inquilinos no le deben á usted nada, y usted no es nadie para insultarlos.

—¡No dé usted voces!

—¡Grito, porque estoy en mi casa!

(Comienzan á abrirse puertas de todos los pisos.)

—Yo opino como hombre de bien.

—Usted debe ser de la *secretaría*, y habrá usted venido á sobornarme con dos pesetas que no me hacen falta. Guárdelas usted para ayuda de otra chistera. ¡Doña Catalina! ¡Aquí hay un señor que la llama á usted *Celestina*! ¡Don Bernardo! ¡Dice este caballero que su casa de usted es un garito! ¡Hola, señorita Nieves! ¡Aquí hay un entremetido que dice que es usted una mujer de mala vida!

—¡Que baje!

Las vecinas de arriba.—Echarlo á patadas. Dos hombres del... Circulo.—Oiga usted... (Dándole encontronazos contra la pared.) Usted se va de aquí sin chistar. ¿Lo oye usted bien?, sin resollar, ó se le corta á usted la cara.

El diputado saliendo del cuarto bajo.—Usted está en Hacienda... yo le he visto á usted allí...

—En la Deuda.

—Pues... ¿usted no me ha visto, eh? Porque se están haciendo cesantías... ¡Mucho cuidado!

Las del tercero.—¡Ahí va eso!

(Oyese un gran ruido, y Don Justo recibe en el hombro derecho un enorme tiesto de albahaca que le hace vacilar y le cubre de tierra...)

La portera.—¡El único escándalo que ha habido en esta casa honrada, mos lo ha dao usted! O se va usted pronto, ó llamo al alguacil... ¡Fuera de aquí, tío cursi!

Don Justo, saliendo limpiándose el sudor y el polvo y llorando.—¡Qué mundo éste! ¡Qué mundo éste, Dios mío!

EUSEBIO BLASCO

(FOLLETÓN 45.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR  
OFFENBACH

con frecuencia, los encargados de hallar los autores y averiguar las circunstancias de algún gran crimen que haya sacudido y removido profundamente el sentimiento de vindicta pública, se encuentran con que no saben nada, nadie les dice nada, nada logran esclarecer por ningún lado; en lugar de hacer lo que se hace en otras partes, lo que se practica, por ejemplo, en Inglaterra: proporcionarse por los medios propios lo que llaman un «informer», esto es, un delator; se sienten más inclinados á no andarse en chiquitas y procurárselo á palos en la persona del detenido ó detenidos que les parezca que tienen cara de mejor enterados. Después, los llamados á reprimir tales desmanes con la pronta y saludable severidad que es de justicia, unas veces por lo que llaman «principio de autoridad», otras por lo que tienen por «prestigio de la fuerza pública» y otras por la llamada «razón de Estado», ó cualquiera otra que les parece buena, se creen obligados á ser sordos, ciegos y mudos en lo que toca á tan peculiar modo de «tomar declaración al procesado».

De ahí ha venido el interesante episodio nacional, «¿Hubo tormento?», puesto en escena varias veces en aquel país con todo el aparato requerido y con resonancia que traspuso la frontera, sin que positiva ó exactamente haya sabido la opinión imparcial á qué atenerse. Por su parte el autor de la presente historia nada dirá de si ha habido ó no ha habido en realidad tales tormentos, pues lo único de que él está cierto, por haberlo visto, es de una paliza con que á un procesado llamado Negrón pusieron negro sus carceleros... Ni tampoco podrá afirmar si los procesados por espantosos atentados anarquistas han sido ó no han sido objeto de análogas violencias, limitándose á advertir aquí que el mencionado Negrón estaba preso por delito simplemente político y además imaginario, esto es, que no tenía ni había tenido existencia ni realidad ninguna. De manera que, como el lector comprenderá perfectamente, los apaleadores podían haber puesto verde á más de negro al Negrón; podían ha-

berlo muerto á palos cien veces y resucitado otras tantas, sin que, si no le dictaban lo que querían que dijere, le fuese humanamente posible dar la menor luz sobre la fábula que constituía el hecho de autos (supuesta conspiración separatista).

Verdad es que parece que prácticas tan reprobables tienden á caer en desuso, y últimamente han transcurrido dos y más años sin que se haya señalado ó sospechado con fundamento desmán ninguno de esa especie; pero no hay la menor garantía de que no resurjan cualquier día ó con cualquier motivo. Porque no se crea que la completa ausencia del sentido jurídico-moral, que revela lo que en este capítulo venimos diciendo, ocurre solamente en personas faltas de ilustración, ó excepcionalmente crueles ó iracundas, ó dotadas, excepcionalmente también de escasa inteligencia. Tan notable aberración es general en aquella monarquía, y lo es especialmente entre las clases altas é ilustradas.

Un ejemplo. Preso, una vez, un periodista, su periódico publicó un artículo que, con razón ó sin ella, disgustó mucho á una autoridad de la población en que ocurrió este lance. La indicada autoridad, que se vió aludida y probablemente injuriada en aquel artículo, tomó, en cuanto lo leyó, el camino de la cárcel; se hizo conducir al calabozo en que estaba el periodista; y después de preguntarle si era autor del escrito, y de haber obtenido respuesta afirmativa, trató de hacerle comer el papel y acabó por darle una pateadura, no exactamente á la vista, pero sí á oídas de un centinela cuya bayoneta, que por un ventanillo podía ver el pateado, hacía recordar á éste su situación, si es que se sentía inclinado ó á punto de olvidarla.

Esto lo hizo una persona de carrera, un hombre cuerdo, inteligente é ilustrado, y que, además, pretendía ser y era lo que la sociedad y el mundo en general acostumbra á llamar «un caballero». Tanto que, cuando algún tiempo después, el periodista estuvo en libertad, el pateador se le ofreció directa é indirectamente para darle una «satisfacción por las armas». Lo cual hace aún más triste el caso para quien piense en él como es debido. Porque, si un hombre que es capaz de dar á otro la ocasión de quitarle en buena lid hasta la vida, en venganza ó compensación de injuria ó daño que le haya hecho, es capaz también de hacer daño ó injuria de la especie que hemos referido, sin el

menor remordimiento, ni antes ni después, ni la más pequeña sospecha de que haya parecido mal, y sin que sus jefes, ni compañeros, ni ninguno de sus compatriotas le hayan puesto ni dirigido el menor reparo; ¿qué remedio ni alivio puede tener el estado de cosas, mejor diríamos «de personas», que tan singular modo de pensar y de proceder acusa?

¡Ah! No cabe duda. Dejando para otro capítulo otra curiosidad que en materia de justicia hay en la monarquía española, los llamados «tribunales de honor», podemos terminar el presente haciendo observar que mientras aquellos naturales sigan tan faltos de sentido jurídico, y con el sentimiento de justicia tan dislocado ó pervertido como vienen estando, de nada les servirán los pantanos, ni las escuelas, ni las escuadras, ni los demás medios en que piensan para regenerar y engrandecer el país. Porque si los que se comen los prisioneros de guerra son canibales de la edad de piedra, los que maltratan ó tratan con injusticia é inhumanidad á los prisioneros de la ley lo son de la edad moderna; son los antropófagos del mundo civilizado.

## CAPÍTULO XXVI

COMPLEMENTO, CASI NECESARIO, DEL ANTERIOR Y EN QUE SE HA DE DECIR Y EXPLICAR LO QUE ES «COMPONTE».

El singular modo de enjuiciar, esto es, de procurar declaraciones por la fuerza, de que hemos hecho mención en el anterior capítulo, vino á darse á conocer al mundo exterior á poco de comenzada la regencia. La circunstancia de haberse implantado en gran escala en las Antillas, muy relacionadas, como se sabe, con los Estados Unidos, y lo que en éstos indignan esas cosas, allí enteramente desconocidas, fueron la razón de que el procedimiento se hiciese público en el extranjero y obtuviese la reprobación universal. Sin embargo de esto, y de lo que luego ha ocurrido en la Península, algunos españoles de buena fe creen todavía, y todos los amigos de los señores del reino afirman que no han existido tales desmanes; que las espeluznantes historias referidas por algunos procesados son pura mentira, y que el odio ó malquerencia de las otras naciones, particularmente las protestantes, para con la católica España, son el principal origen de lo que esos españoles, á se-